

CURIOSIDADES HISTORICAS.

**APUNTES PARA LA HISTORIA DE LOS PRIMEROS POBLA-
DORES DE CHIHUAHUA, ESPECIALMENTE
DE LOS TARAHUMARAS.**

NOTICIAS RELATIVAS A LA FUNDACION DE CHIHUAHUA.



Edición de "EL CORREO" DE CHIHUAHUA.

EL DIARIO MAS ANTIGUO EN EL ESTADO.

Director propietario, **SILVESTRE TERRAZAS**



1907

Imprenta de "EL CORREO."

Chihuahua, Méx.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS

“Nuevos Reyes Magos.”—Heroica vocación á la Fe Católica.—Soldados que hacen milagros.—Los primeros españoles que pasan por el Estado de Chihuahua.

El año de mil quinientos veintisiete, 4 hombres entraron al descubrimiento de la Florida, al mando del Gobernador Pánfilo Narváez y habiendo muerto todos los demás en guerras, hambres, trabajos y enfermedades, escaparon solo cuatro, repétilos en Historias, llamados Alvar Núñez, Cabeza de Vaca, Andrés Dosantes, Bernardino del Castillo Maldonado, y un negro llamado Estebanico y reservándolos la Divina Providencia, por tiempo de diez años, que vinieron caminando por medio de innumerables Naciones bárbaras y obrando entre ellas, por virtud y voluntad divina, prodigios y milagros, con la señal de la Santa Cruz, sanando innumerables enfermos, haciendo esta Divina Señal sobre ellos y diciendo alguna oración. Con ocasión de tales Maravillas, las naciones por donde venían pasando les cobraron un tan grande respeto y reverencia, que los miraban como hombres del cielo, ó hijos del sol: y con tal amor y temor para no matarlos y comérselos, que antes les daban el sustento y comida y les pedían que se quedasen en su compañía y ya que no lo podían alcanzar, porque los dichos Peregrinos siempre les llevaba el deseo de verse en tierra de Cristianos, pero los indios de la Nación donde llegaban se iban con ellos hasta llegar á la otra, de suerte

que no acertaban á despedirse de sus benefactores, que la beneficencia aun entre gentes bárbaras y aun con las fieras, tiene grande fuerza, las sujeta y amansa. Con esto, siempre anduvieron los cuatro Peregrinos acompañados y defendidos de tropas de Indios y los guardó Dios en tan extraño viaje. (1) y sacó de tantas desventuras; y tuvo reservado el término de su peregrinación para cuando llegasen á la Provincia de Sinaloa, porque sucedió el caso que llegando á ella se encontraron con el Capitán Alcaraz, que así se llamaba el que había entrado á hacer presas de esclavos. Asestó á caminar delante uno de los soldados y divisó algo lejos á Alvar Núñez con sus compañías, y pensando habían encontrado lo que buscaban al continuar tocó al arma y apresuró al Capitán Alcaraz. Aquí los cuatro Peregrinos desconocidos, que en su traje y vista no se diferenciaban de Indios, porque vestidos ya hacía años que no los alcanzaban, tan tostados del sol y erizado el cabello, como los bárbaros en cuya compañía habían peregrinado, y en particular Alvar Núñez, Cabeza de

(1) Parece que pasaron por Papigochi, hoy Guerrero, por la Cumbre Cabeza de Vaca, entre los actuales Distritos Rayón y Guerrero.

Vaca, reconociendo á los soldados españoles por las armas y hábito, pasando á la delantera de los indios de su compañía y con deseo de defenderlos, le puso de rodillas y usando del lenguaje que se pudo acordar para ser conocido, habló en mal castellano, que ya lo tenía casi olvidado él y sus compañeros, declarando quiénes eran y de dónde salían. Valióles la plática para no caer en las cadenas y collares de esclavos, pero no para que parase la codicia del capitán, que prosiguió en su intento de cautivar indios. Este abuso fué prohibido por los años de mil quinientos treinta y uno, y fué condenado por injusto, siendo Presidente de la Real Audiencia de México y Gobernador de la Nueva España el Ilustrísimo Arzobispo de Santo Domingo, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que fué leal á las leyes divinas y á su Rey, dando por libres á los que habían nacido tales y el Rey Católico recibía bajo su amparo y protección. El Capitán Alcaraz, aunque ni recibió, ni trató bien á los cuatro Peregrinantes con su compañía, al fin los dejó pasar delante, al Río de Petatlán, donde está hoy la Villa de San Felipe, cabecera de la Provincia de Sinaloa. Aquí acertaron á encontrar los Peregrinos al Capitán Lozano de Cebrenos, vecino y conquistador de la Provincia de Culiacán (que, como dijimos) no dista de Sinaloa más de treinta leguas, y conociendo que eran españoles los que en el traje no lo parecían, les salió á recibir con particular gusto y agasajo. Y así él, como los que en su compañía iban, partieron con los pobres derrotados, de sus propios vestidos, y quiso llevarlos á la villa de San Miguel, como lo ejecutó. Fueron allí muy bien tratados y regalados de la gente noble de aquella villa, y habiendo descansado y entendiendo su milagrosa Peregrinación, les dieron caballos y todo avío para que pasasen á la ciudad de Compostela, cien leguas adelante, donde en aquel tiempo tenía su Majestad la Audiencia Real, que

después pasó á Guadálajara. En Compostela fueron asimismo muy bien recibidos de los Oidores y Ministros del Rey, que habiendo examinado caso tan singular, juzgaron ser conveniente que tuviese noticia de él, el que gobernaba todo el Reyno, al Virrey de la Nueva España, y mandándoles dar lo necesario para su viaje, los despacharon á la gran Ciudad de México á que se presentasen á su Excelencia. Pero, para que no se quedase olvidada la tropa de indios que venía de tierra adentro, acompañando á nuestros Peregrinos, digo que cuando entendieron que ya sus benefactores se despedían para pasar á tierras tan distantes, les pidieron los dejasen acomodados y asegurados con los españoles que por aquella tierra andaban, para que no les privasen de su libertad, antes hallasen favor en ellos. Hízolo así Cabeza de Vaca, con sus compañeros, siendo agradecidos á los que les habían hecho fiel compañía y escolta en tan peligroso viaje. Procuraron se les diese sitio donde poblasen y tuviesen sementeras; y en el Río de Petatlán, cuatro leguas abajo de donde hoy está la Villa. En este punto formaron un pueblo llamado Bamoa que hoy persevera y es de lengua y nación poblada, cien leguas más tierra adentro, de la cual hablaremos adelante cuando llegare el tiempo de su total reducción, que fué maravillosa. Y porque tiene aquí su lugar y origen una singular devoción, que en el discurso de esta Historia se repetirá, no pasaré sin escribirla, porque quedó en estas gentes de Sinaloa con la Señal de Nuestra Redención la Santa Cruz muy impresa, y fué el caso que cuando la tropa de indios que acompañaba á los cuatro españoles, con grande sentimiento se apartaban de ellos, les pidieron remedio y señal con que se pudiesen amparar de acontecimientos de españoles. Y la que les dieron Cabeza de Vaca y sus compañeros, fué que cuando tuviesen noticia de que los españoles viniesen á su tierra, los recibieran con una

Cruz en la mano y levantarán cruces á la entrada de sus pueblos, que viéndolas no recibirían daño. Quedóles muy impresa esta saludable Señal, y de ella se valen, y muchos la traen colgada del cuello ó en la frente, hecha de nácar, y la levantan en sus pueblos algunas naciones antes de ser cristianas.

El intento principal que trajo á esta gente fué buscar el Santo Bautismo, hacerse Cristianos y gozar de la doctrina de los Padres; y para que se entiendan los medios de que se sirvió la Divina Providencia y el orden de su última predestinación para salvar estas almas, es menester traer á la memoria lo que queda dicho en el primer libro y descubrimiento de la Provincia de Sinaloa, donde se hizo mención de las tropas de indios que seguían y acompañaban á Cabeza de Vaca, cuando salía de la Florida y se quedaron en el Río de Petatlán, donde poblaron el pueblo de Bamoa, y habiéndose bautizado, fueron de los mejores cristianos de los cercanos á la Villa y en aquella comarca. Pasados algunos años y estando la tierra en paz, acordáronse los Bamoa de sus parientes y naturales, de donde en años pasados habían salido. Fueron algunos á visitarlos y darles la nueva de cuán bien les había salido su transmigración y que venían muy contentos bautizados y hechos cristianos y conocimiento del Verdadero Dios y de su palabra. Movieronles tanto estas pláticas y razones de sus parientes, que se determinaron á venir algunos de los principales gentiles á la Villa á pedir á los Padres que fuesen á sus tierras á enseñarlos y bautizarlos, como á sus parientes. Los Padres y el Capitán, á quien también acudieron con su demanda, los acogieron con agasajo, pero entreteniéndoles en su pretensión, cuya ejecución era por entonces dificultosa, porque su tierra estaba distante ochenta leguas de la villa y había otras Naciones de gentiles en el camino, con las cuales era primero necesario asentar

y asegurar la paz. Pareciéndoles á los Nebomes! (que este es el propio nombre de esta Nación) que su pretensión iba muy á la larga, movió Dios el corazón á una tropa de trescientas cincuenta personas, y á una acción memorable; ésta fué cargar con hijos y su hatillo y venirse á vivir con los cristianos Bamoa y allí procurar su bautismo y salvación. Púsose en camino aquella compañía de peregrinos, hombres, mujeres y niños, padeciendo muchas hambres y trabajos, porque venían cargados de sus alhajas; las mujeres, de sus hijos, y todos á pie; y aunque sacaron algún bastimento, ese no fué suficiente para tan larga jornada y tanto número de gente. El paso no era por tierra de naciones amigas que les pudieran socorrer, antes enemigas y belicosas, y tales, que si no temieran al Capitán que les tenía amenazado riguroso castigo si hiciesen mal á los que de naciones gentiles les viniesen á ver, á toda esta gente la hubieran hecho pedazos y celebraran el triunfo con cabelleras de hombres y mujeres. Por lo cual fué su viaje aún más peligroso que si caminaran por desiertos. Pero Dios que los traía, los favoreció y pasó la dichosa compañía con seguridad por medio de tantos peligros; con el trabajo del camino murieron en él tres adultos, que según el intento que tenían de bautizarse y la disposición que tuvieron por parte de un indio que con ellos venía y tenía noticia de la Doctrina Cristiana y se la enseñaba, se puede entender que usó el Señor de Misericordia para con ellos, y que les valió el bautismo y el deseo que les traía desde su tierra á recibir el agua Santa y Celestial. Llegó la dichosa compañía á la Villa á primero de Febrero de mil seiscientos quince. Fueron á visitar al Capitán y á los Padres que estaban en el Colegio, quienes los recibieron y agasajaron con particular regalo: á la Gentilidad, que venía atraída, ya que no por una estrella, como los santos Magos, por lo menos por el llama-

miento y movimiento de la divina inspiración, con que Dios los había sacado de sus tierras, llenas de tinieblas, á buscar la luz divina y quedarse donde ella ya resplandecía. De la villa bajaron luego al pueblo de los cristianos Bamoas, sus parientes y de su propia lengua. El Padre de aquel Partido juzgó que era digna aquella gente de ser recibida con alegría y fiesta, pues la hicieron los ángeles á los pobres pastores que fueron á adorar á Cristo. Y así, ordenó que todo el pueblo se juntase y ordenase una procesión para recibir á los peregrinos. El Padre fué revestido con capa de coro y á repique de campanas y música de capilla y varios instrumentos y muchos arcos de ramos de árboles y cantando el "Te Deum laudamus" que se compuso al bautismo del gran Doctor de la Iglesia San Agustín, los recibió con general alegría y regocijo, como á rebaño nuevo de la Iglesia sacado del medio del gentilismo de Egipto, por caminos y medio tan maravillosos. Viendo los peregrinos que los recibían con tal aparato y alegría, se pusieron en orden de procesión al modo que también los recibían los cristianos y llegaron hombres con hombres y mujeres con mujeres, como si ya fuera gente muy enseñada y política. Con este orden entraron todos en la Iglesia y después de haber hecho oración y dado gracias á Dios con varias oraciones que cantó el Padre, puesto de pie y toda la gente de rodillas con un breve razonamiento dió á entender á los huéspedes que todo aquel regocijo y fiesta la había hecho para que entendiesen el contento con que los recibían los cristianos y que el mismo debían ellos tener por haberlos traído Dios á la tierra donde los recibían como á hermanos y á ser bautizados como ellos, y así que en señal de su fe y buen propósito fuesen todos llegando y adorando la santa Cruz que tenía el Padre en las manos y era la señal de los cristianos y de nuestra redención. Llegaron todos con tal orden y con-

cierto, que dieron muchas muestras de la devoción con que venían traídos de Dios. Acabado este acto, los vecinos del pueblo convidaron á sus hermanos pródigos que se reducían á la casa de su Padre Dios. Llevó cada uno á su posada el número de huéspedes que podía regalar con las comidas que ellos usaban, lo cual hicieron con mucha liberalidad, y quedaron satisfechos grandes y chicos y reparados los que habían padecido tan grandes necesidades en tan grande camino. Al día siguiente se dispuso el bautismo de los párvulos, que llegaron á ciento catorce, el cual también se celebró con gran consuelo de toda la gente y convites de padrinos y ahijados.

De allí á ocho días les dió el Padre cantidad de maíz para que sembrasen, repartiéndoles tierras para que dispusieran para sus sementeras; beneficios todos que recibieron con mucho agradecimiento. Murieron, en breve, recién bautizados, cinco adultos y algunos infantes para que hubiese primicias de esta gente en el cielo y que ayudasen desde allá á los que por acá quedaban.

El nuevo rebaño que traía Dios, con deseo de verse cristiano, acudía con los demás del pueblo, con mucho cuidado á la Iglesia y doctrina, para en breve ser bautizados, como lo fueron; y cobraron tan grande amor al Padre que los doctrinó y bautizó, que acudían á él, con gran confianza en sus necesidades, y el Padre los miraba con particular cariño, como gente traída por tan maravilloso medio. En particular, cuando tenía algún achaque alguno de sus hijuelos, se los traían al Padre para que se los bendijese. Y nacióles este afecto de lo que sucedió al primer niño que se bautizó: que recibió el bautismo y á poco le reventó una postema peligrosa que tenía, quedando bueno y sano. Con otro, no niño, antes viejo de más de noventa años, que salió con la demás gente de la transmigración, usó Nuestro Señor de su particular Misericordia. Porque estando

flaco en los huesos. cojo y casi ciego, le dió Dios ánimo y fuerzas para andar á pie el camino de las ochenta leguas, y sus parientes lo habían traído con particular cuidado, porque no muriese sin el agua del Santo Bautismo; y quiso Dios darle tiempo para que lo recibiese; y el Padre que lo doctri-
nó tuvo muchas prendas que había Dios usado de misericordia con él y le había guardado para recibir este Sacramento de salud, porque aunque ésta fué pura Misericordia Divina, no desayudó la buena vida moral que se echaba de ver que siempre había guardado y pudo ser ocasión para que esa Misericordia le concediese tiempo de conseguir el medio único de salvación que es el Santo Bautismo, añadiendo á lo dicho, que en aquella vida buena, moral, no excluyó los auxilios divinos.

Más milagroso parece el caso que se sigue en otro de esta cuadrilla, que como era Dios el que la sacaba quiso que fuese obrando en ella su poderoso brazo maravillas, como cuando sacó á su pueblo de Egipto. Entre los indios que vinieron llegó uno tan leproso, que de pies á cabeza no se veía parte libre de esta plaga, la cual lo puso en trance de muerte, y estando con singulares muestras de dolor de sus pecados pidió el Santo Bautismo, habiendo aprendido también el Catecismo, á que respondía con destreza á cualquiera pregunta, de lo que se le había enseñado. Bautizóle el Pa-

dre y púsole por nombre Lázaro, por lo leproso. Valióle el santo bautismo, de suerte que de Lázaro leproso se volvió Lázaro resucitado, porque sanó de tal manera, que al día siguiente se le secó y descostró la lepra, sin quedar casi señal de ella, y el mismo día vino á la Iglesia bueno y sano, y fuerte á dar gracias á Dios por el beneficio recibido. Semejante al que usó Dios con el gran Constantino, que sus misericordias infinitas se extienden á grandes y pequeños, y aun en estos resplandecen más.

Y remato esta historia, diciendo que el pueblo de Bamoa quedó aumentado con la tropa de gente que de nuevo se le agregó, de la cual ninguna retrocedió ni trató de volverse al Egipto de su tierra y costumbres gentílicas en que se criaron y nacieron. Cosa rara en gente de suyo tan mudable. Y con la continua doctrina y enseñanza que ha tenido, persevera hasta hoy, con muy buen ejemplo de cristiandad. Tienen la Iglesia muy adornada y para llevar adelante su adorno los vecinos tienen cuidado cada año de hacer una sementera, para de los frutos que cojen y de que hay fácil salida y venta por tener cerca la villa de los españoles, hacer sus ornamentos y lo demás pertenecientes al culto divino, con que viven muy consolados y donde hay buenas muestras de que salen no pocas almas para el cielo.

Significación de la voz tarahumara.—Posición de la región tarahumara.—Indios limítrofes de los tarahumaras.

Por dos palabras son nombrados los indios que ocuparon casi todo el actual Estado de Chihuahua.

La una se encuentra en las Historias más antiguas, y está en la boca de cuantos tratan de dichos indios y los llaman tarahumaras, tarahumares. La otra es la que usan los propios indios, llamándose **Rarámuri**.

La voz tarahumare, parece viene de **rara**, pie, pues algunos usan á veces **t**, por **r**, defecto importado del idioma **cahita**, y **juma** ó **huma** con **h** aspirada, **correr**, y **re** ó **ri** que convierte el tiempo en participio: **el que corre ó corrió á pie**.

Prevalció el decir región tarahumara sobre la voz tarahumare, así porque al pasar el verbo á sustantivo ó adjetivo toma en el idioma la terminación **ra**, como porque en nuestro idioma nos suena mejor región tarahumara que tarahumare. Por eso se les debe llamar tarahumaras á los indios de esa región; así los llama el Padre de la Filología, el jesuita Hervás y Panduro.

La voz **Rarámuri** es más difícil de explicar, pues dicen los indios que no es lo mismo que **raramúri**. **Rarámuri** puede ser compuesto de **rara**, pie; **muri**, verbo, que significa correr veloz, ó partícula que algunos dicen significar aumentativo **i. c.** el de gran ó mucho pie, el andador por excelencia, el que corre veloz á pie. **Raramúri** dice cierta clase de pino tocado por el rayo.

La provincia de la tarahumara.

según un manuscrito del archivo de los antiguos jesuitas, se dividía en "Tarahumara Alta," que es la que conocemos por el nombre propiamente de Tarahumara (1) y "Tarahumara Baja" (2) que llamamos Provincia de Chínipas. Distante de México como 400 leguas y de su Obispo diocesano, que es el de Durango, por otro nombre, Guadiana, 180 leguas. Se extiende de 90 á 100." "La tarahumara, al Oriente, tiene el río de los Coachos, y al Poniente la Sinaloa, Sonora; y las regiones de Nuevo México al

(1) La Tarahumara Alta comprende desde el límite de Sinaloa, en la parte Sur de la Gran Barranca, subiendo por el límite de los tepehuauas hacia el Concho y por ahí lindando con la tierra de Apaches hasta la Villa de San Felipe de Chihuahua. De aquí, yendo á Casas Grandes y bajando por Janos, Namiquipa, Valle de San Buenaventura, Yepómera, Temoachi (Temosáchi), Cocomóachi, Cajurichi por la Sierra de Uruáchi á Huacaibo y San Luis de Majimach, sobre la Gran Barranca.

(2) La Tarahumara Baja comprende desde Tubares y el límite de Sinaloa, en la parte Noroeste de la Gran Barranca, por San Estanislao de Retésióna, Cerocahui, Quitico, Guasaibo (Guazapares), Chínipa, Uruáchi, Moris, Tutuaca, Yepáchi, lindando con los pimas y sonoras, hasta dar la vuelta hacia la Gran Barranca.

Norte y al Austro la nación de los Tepehuanes. Se extiende, según parece, desde el veintisiete hasta el veintinueve grados y medio al Norte."

Las naciones lindantes son "per

el E. y S. la nación de Tepehuanes; por el S. la de Sinaloás; por el O. la de Sinaloas y de Sonoras; por el N.O. la de Pimas, y Tobosos; por el NE. la de los Apaches."

—o—

Expedición á las minas de Chinipa ó de la Baja Tarahumara.—Primera entrada del Misionero padre Pedro Méndez

AÑO DE 1600.

Apenas sosegados estos movimientos de los guazaúes, partió el Capitán, por orden del virrey, al descubrimiento de unas minas que se tenía noticia haber en la sierra de Chinipa, y que en tiempos pasados se había intentado infelizmente. Acompañóle en esta expedición el padre Pedro Méndez, para abrir con este pretexto puerta al Evangelio y ayudar á las necesidades del pequeño ejército. Marcharon con veintitrés soldados y algunos otros españoles que atraía la esperanza de minas, fiados en algunos indios amigos ó que parecían serlo. Eran éstos de la Nación Sinaloa; que por ser de las más numerosas, dió ó tomó el nombre general de toda la provincia.

Halláronse el día 10 de Abril á más de cuarenta leguas de la Villa, en uno de los desfiladeros estrechísimos, donde no podían marchar sino á la desfilada, á alguna distancia unos de otros: este era justamente el lugar donde los esperaban los enemigos prevenidos por los guías traidores, para acabar con todo el nombre español.

El Capitán, con ocho soldados y alguna parte del bagaje, se habían ya empeñado en la estrechura. Tenía á su lado un monte bastante alto y fragoso, de donde los bárbaros hacían rolar grandes peñascos y hoyer innumerables flechas. Por fortuna no se había estrechado tanto la retaguardia y se hallaba aún en lugar donde poder hacer algún daño al enemigo. El valeroso Hurdaille dió orden

que algunos soldados destacados diesen algún rodeo por la falda del monte menos fragosa y desalojasen de la altura á los indios.

Entre tanto ganó con bastante trabajo un peñol, desde donde pudo también hacer fuego.

El enemigo tenía acordonado todo el cerro, y habiendo muerto algunas bestias de carga y tomado un caldero de que hicieron tambor, se les oía cantar, seguros de la victoria:—**aquí quedarás, capitán, con tus españoles.**—Tuvieronle cercado hasta el día siguiente á la una del día, sin darles lugar de tomar algún sustento ni descanso. El cabo que mandaba la retaguardia pudo desde la altura que ocupaban los indios, valerse contra ellos de toda la ventaja del sitio. Murieron siete de ellos, y después de veinticuatro horas de combate, el hambre, el calor, el cansancio y el fuego de la fusilería, los hizo retirarse después de haber puesto fuego por varias partes al monte donde estaba el capitán con sus ocho soldados y el Padre Pedro Méndez. No bastó un peligro tan grande para infundir temor al Capitán Harbaide. Junto ya todo el grueso de su ejército, en que sólo había dos heridos y algunas bestias de carga, pasó tres leguas adelante al primer pueblo de los Chinipas que llamaban **Curepo**.

Corrió toda la tierra: halló las poblaciones fuertes por el género de armas que usaban, y bastantemente regulares los edificios de piedra y barro, de bastante luz y buena disposición. Los ha-

bitantes habían desamparado el país: se quemaron algunos lugares y talaron las sementeras. Por medio de dos indias se tuvo noticia de las minas en que se trabajó algunos días con muchos sus-
tos, y una utilidad muy desigual

á la pena que costaban. El padre Pedro Méndez logró por todo fruto de su correría catequizar y bautizar catorce indios sinaloas, en que á la vuelta quiso el capitán hacer justicia.

Primera entrada á la Alta Tarahumara.—Primer Apóstol de los tarahumares, P. Juan Font.

AÑO DE 1608.

La guerra, que como apuntamos el año antecedente, se había encendido entre los tepehuanes del valle del Aguila, y parte de los tarahumares sus vecinos, contra otros de la misma Nación más septentrionales, dió motivo al apostólico varón padre Juan Font, para emprender y sujetar al imperio de Jesucristo aquellas nuevas gentes que descubrían y ofrecían tan vasto campo á su celo. Por su consejo, los tarahumares y sus confederados los tepehuanes, dejaron la guerra con una docilidad admirable, y “porque el cacique que envié (dice el mismo padre en su carta) es advertido y ladino, les pidió á los tarahumares el número de los que esto decían, y lo trajo en una taleguilla de huescuelos, y eran ochocientos cuarenta y dos hombres de guerra solo los tarahumares. Visto esto, prosigue el mismo padre, vine á Guadiana á tratarlo con el Gobernador, que informado de mí y de algunos caciques, dijo, doctrinásemos á la dicha gente: que de su parte acudiría, y de presente pediría al Virrey tres sacerdotes, dos para esta nueva doctrina, que llamaremos Valle de San Pablo, y otra para Ocotlán, que comenzó á doctrinarse el año

pasado. Yo quedo muy contento y animado, viendo la puerta que se nos abre para grandes conversiones, y mucho más por ver se hace sin gastos de capitanes y soldados, lo cual he procurado siempre, y procuraré, porque no habiendo extraordinarios gastos, con m. jor gana los ministros del Rey darán sacerdotes para la doctrina, y sin duda los naturales gustan de vernos solos en sus tierras, y e vienen soldados y españoles, se recatan. Acá lo que veo es, que habiendo sido estos tepehuanes la gente más soberbia, rebelde y traidora de toda esta tierra, después que se dieron de paz, no han cometido delito alguno, por donde se haya ahoreado, preso ó azotado algún indio, ni se van de aquí á los pueblos de los gentiles por disgusto de la doctrina ó por apremio. Yo me encargué de esta misión, y pues Nuestro Señor me da salud y aun no soy viejo, tendría escrúpulo de huir lo más difícil y trabajoso. Saldré para ello de aquí á dos días, porque he de visitar á Ocotlán, y llevaré conmigo al Padre Juan del Valle, para que mutuamente nos ayudemos.”

Hasta aquí el padre Font en su carta.

Primer Misionero que entró á la Tarahumara; cuál fué la ocasión; relación auténtica de dicha entrada; vestidos de los tarahumaras; su moralidad, sus costumbres primitivas, su carácter.—Primer patrón de la misión tarahumara.—Recibimiento que al P. hicieron; primeros bautizos de los tarahumaras.—Del gran respeto y amor que los indios tenían al sacerdote.—Trátase con el Gobernador de la Nueva Vizcaya de la doctrina de los tarahumaras.

Ignorados habían estado los Tarahumaras hasta que por ocasión bien impensada determinó el P. Juan Font entrar á esta tierra. Era el P. Font catalán de nacionalidad; natural de Tarrasa; entró en la Compañía el año de 1593, á los 19 años de edad, en la Provincia de Aragón. De allí pasó á Nueva España, el año de 1599, con el P. M. Pedro Díaz, Provincial que fué de la Provincia de México; luego que hubo llegado, partió á la misión de los Tepehuanes, en la cual sucedió al P. Gerónimo Ramírez, su primer fundador.

El fervor con que los misioneros de los Tepehuanes trataban de la salvación de las almas, no se limitaba á los linderos de los tepehuanes. De su entrada dió cuenta el P. Juan Font al Padre Provincial á México, pidiéndole se le enviase ayuda de obreros para la nueva mies que se disponía para recibir el Evangelio, y su carta dice: "Pasadas las aguas, hice mi viaje á las rancherías de los tarahumaras, por enterarme de la gente de aquella tierra, y de camino darles alguna noticia de Dios Nuestro Señor; y con pretensión de congregar en el Valle de San Pablo la parte que pudiese de esta gente. Lo uno por habérmelo ellos pedido; y lo otro por ser el puesto bueno, apacible y capaz. Acompañáronme cuatro caciques, con alguna otra gente, en la cual, solas dos personas había bautizadas; uno el muchacho que me ayudaba á misa; y otro de los caciques; que poco antes se había hecho cristiano. Llegué á las rancherías de los dichos indios, alejádome diez y ocho leguas del Valle de San Pablo. El camino que anduve es algo razonable; adelan-

te, dicen los indios que hay quebradas, por las cuales no pueden pasar cabalgaduras. La morada de mucha gente es de cuevas (que hay muchas en su tierra) y algunas tan capaces, que en una vive una parentela, haciendo sus divisiones, de casillas dentro.

Usan el vestido de sus mantas, de pita, que saben bien labrar las mujeres, y éstas cuidan de sus vestidos de las mismas mantas; son muy recatadas las mujeres, y no usan sentarse ni entremeterse con los hombres. En enterrar á sus difuntos se diferencian de otras naciones, en tener lugar señalado y apartado, á modo de cementerio, donde los entierran, poniendo con el difunto todo el ajuar de que usaba, y comida para el viaje; y la casa donde había muerto se quemaba ó totalmente se desamparaba; y el luto de los parientes era cortarse el cabello.

El natural de la gente es más dócil y blando que el de los tepehuanes. El modo de recibirme era, que antes de llegar á su pueblo, como dos leguas, tenían puestas atalayas, para que en descubriéndome fuesen de carrera á avisar al pueblo, donde toda la gente, hombres y mujeres, con sus niños, se juntaban en hileras para el recibimiento, precediendo el cacique con su lancilla, ó chazo, plumaría y otros adornos que ellos usan.

Salían á encontrarme breva rato antes de llegar al pueblo, llegando todos á que les pusiese la mano en la cabeza.

Acompañábanme hasta el punto donde había de parar. Aquí les hacía una plática, dándoles á entender el gusto que tenía con su visita, y que solo el amor que les tenía me había traído á su tierra;

con que por entonces los despedía. Ellos cuidaban luego de enviar de la comida que tenían, de su maíz, y otras cosillas para mí, y la gente que me acompañaba. No podré significar el contento y alegría con que después volvían á verme, significando el que tenían de verme en su tierra. Y aunque á la primera entrada las mujeres estaban con encogimiento, por ser cosa tan nueva la que veían; pero viendo ya que los hombres sin recelo y yo á ellos como los padres á sus hijos; ellas también llegaban á hablarme, como á su padre, añadiendo así hombres como mujeres, que los volviese á ver en sus tierras. Predicábales algo de la necesidad del Santo Bautismo para salvarnos. Avisóme un indio, de que un hijo suyo se estaba muriendo, fuí á visitarle á su cueva, y por estar muy á peligro de morir, le catequicé; y él tenía ya algunas noticias de cosas de la Fé, por la vecindad con cristianos, y quedó bautizado. Supe que había otros cuatro niños párvulos enfermos, y con gusto de sus padres también quedaron bautizados. Qué lances son estos en que Dios tiene librada la salvación de algunas de estas almas. Estando bautizando estos niños, una india con su marido cargaron con un hijo suyo, muy enfermo de viruelas, pidiéndome lo bautizase, lo cual hice con gran gusto suyo y mío, por estar muy al cabo. Antes de partirme de esta tierra quise tomar razón del número de gente de esta nación, y por la cuenta que me dieron hallé que serán unas tres mil ciento setenta personas (1) sin las de rancherías apartadas, que no pude visitar. Dejéles señalados cuatro indios, que parecieron más á propósito, con títulos de Fiscales, á los cuales repartí su comarca, para que de cuando en cuando me vayan á ver á pueblos cristianos; y yo vaya conociendo y tratando á la gente y disponiéndola á la doctrina, y

(1) Refiérese el P. al Valle de San Pablo.

se vayan acariciando á poblar en suelos acomodados, como ya muchos de ellos lo desean: Dios les lleve adelante su buen propósito, con la protección del Apóstol de las gentes, San Pablo, á quien he hecho patrón de esta misión. A la partida de sus pueblos me han acompañado un gran trecho hombres y mujeres, y los caciques con algunos otros de su gente, no me dejaban hasta llegar á otro pueblo, ni se volvían de allí al suyo, hasta que yo salía de donde había llegado. Y este término y benevolencia han guardado los tarahumares, cuando han entendido que hago viaje del Valle de San Pablo para sus tierras, ó á otra parte; porque sin pedirlo yo envían los caciques diez ú ocho indios suyos que me acompañen, viniendo uno señalado por capitán de los demás. Y habiendo de ir al pueblo de españoles de Santa Bárbara, más distante, á causa de tratar con ellos de paz y benevolencia con tarahumaras, me enviaron éstos un cacique con treinta hombres con sus arcos y flechas; y queriendo yo excusar el acompañamiento, me respondieron los indios cuerdos, que convenía así, para que entendiesen los españoles la estimación que hacían del que tenían por padre. Y al tiempo de esta partida y viaje, prepararon comida para él y toda la gente. Llegó á tanto el cuidado y amor que me mostraban, que sucediendo en el camino un día ya tarde, adelantarme al paraje por un aguacero que amenazaba y cayó con tanta abundancia, que no pudieron alcanzar aquella noche adonde yo estaba, y con todo, envió el cacique siete indios, que allí me acompañasen aquella noche. Tan atento y cuidadoso como esto estaba de la persona del Padre. He hallado mucha fidelidad y afabilidad en esta gente, y todos los días me venían á ver los caciques y muy prontos para lo que se les mandase. Estaba entre éstos un pernicioso viejo, y tanto, que á un nieto suyo lo ahogó por sus manos, tapándole la respira-

ción, no con más ocasión que haber muerto de enfermedad su madre, hija del viejo; el demonio se lo debió inspirar. Fué Dios servido, que se ha ganado y domesticado tan fiero indio; y desengañado ya, aprende la doctrina para bautizarse; ha sacado al valle alguna de su gente, hame acompañado en algunos caminos y ha sido mis pies y mis manos, y es de los que más me ayudan á la población del Valle de San Pablo, por ser hijo de tepehuán y tarahumara, y como sabe las dos lenguas, con unos y con otros hace diligencias para que se junten.

Estando en este estado las co-

sas vine á Guadiana á tratar con el Gobernador de la Vizcaya, de la doctrina de esta gente, que dejaba en tan buena disposición. Parecióle muy bien y encargóla á la Compañía, pidiéndome le diese memoria de los pueblos, y que su señoría se encargaría de pedir al señor Virrey, mandase y diese orden á despachar algunos Padres que se encargasen de ella y se diesen ornamentos para las iglesias: con que se nos abre la puerta para una gran conversión. Hasta aquí la carta del Padre Juan Font, en que se ha significado el estado de la Nación Tarahumara, para recibir el Evangelio.

Causas de la dilación que se tuvo en la evangelización de los tarahumaras.—Prontitud de los tarahumaras á la doctrina

En relación anterior se comenzó á tratar de la reducción á nuestra santa fé de la nación tarahumara, populosa de gente y vecina á los Tepehuanes, la cual, con su conversión, fué interrumpida con el alzamiento de los Tepehuanes, que también malearon á sus vecinos tarahumaras, no obstante que de suyo era gente más pacífica, de más blando y dócil natural. Pero han sido muchas y varias las invenciones y trazas con que el demonio hasta hoy ha procurado cerrar esta puerta, por atajar la entrada del Evangelio á esta gente, de la cual, como al principio dije, algunos recibieron su doctrina y se bautizaron, pero casi todos se están en su gentilidad.

El principal que la mantuvo al tiempo de rebelión tepehuán, fué un cacique, llamado Oñate, el más perverso indio que había en ella, y de quien se dice que lió con sus manos la muerte al Padre Juan Font, Ministro y Superior que fué de la misión tepehuana. En busca de éste, puso mucha diligencia el Gobernador de la Vizcaya, con deseo de cogerlo, cuando anduvo en campaña, y no le pudo

haber á las manos. Pero entraron después á esta tierra otro capitán, en compañía de un Padre, á dar asiento de nuevo á las paces con tarahumaras; quiso Dios que el perverso indio pagase sus maldades y quitar un instrumento de maldad, de que se valía el demonio para impedir la doctrina del Evangelio. Porque habiéndole este Capitán alcanzado con su buena traza, lo mandó colgar de un árbol, que sirvió de horca, y del cual el mismo indio Oñate había colgado en el tiempo del alzamiento á otro indio antiguo cristiano, de los que trabajaban en las minas, y colgado de este mismo árbol, le había dado tan cruel muerte que le cortó el cuerpo por medio. Y quiso Dios que en el mismo puesto pagase su delito, aunque no con la crueldad que él había usado. Ni le castigó Dios con el rigor de justicia que á otras cabezas de alzamientos, que murieron en la guerra desastrosamente. Porque al indio Oñate tocó Dios el corazón, conoció sus culpas, y al pie de la horca se confesó despacio, por ser ya bautizado, y dejó muy buenas prendas de su salvación, que le debió de imitar

desde el cielo el bienaventurado Padre Juan Font, que murió á sus manos. Y finalmente, este indio murió tan desengañado, que remató su vida predicando á los suyos la paz, encargándoles que viviesen bien y conforme á la Ley de Dios, que habían recibido. Con este indio acabó Dios de castigar y quitar de la Tierra todas las cabezas de rebelión y apostasía, con que pretendieron destruir la.

Quedaba otro indio bárbaro por extremo y que cuando el Padre andaba recogiendo la gente á sus pueblos, para que gozaran de la paz; él enojado se oponía persuadiendo á la gente que se retirasen á los montes, y su licenciosa vida. A este lo trocó Dios de suerte, que mudando de estilo, era de los principales, que después ayudaban á recoger gente á sus pueblos y doctrinas. Casos y sucesos que pueden servir para que los que son llamados de Dios y de su instituto para estas empresas, saquen confianza de que en ellas, aunque cercados de peligros y trabajos, esos no se frustrarán, sino que con el favor del Señor se experimentan y alcanzan gloriosas victorias. Y si algunos de sus hermanos perdieron la vida temporal en esta demanda, estos fueron á gozarla por las eternidades de Dios en el cielo, y los que quedaron en la tierra cogieron abundantes frutos, así propios como de los que sembraron, que pasaron al cielo.

En conformidad de esto servirá

un caso que quise guardar para este lugar, de un Padre de la Misión de tepehuanes, que ofreciéndose á nuestro Padre Provincial para entrar á dar doctrina á los tarahumaras, de que aquí tratamos, dice así: "Acude desolada esta gente á la doctrina y es para dar muchas gracias á Dios ver la alegría con que se juntan á ella. Por los merecimientos y grandes trabajos de nuestros padres que aquí murieron, vemos tan bien dispuestas las cosas: **Allü laboraverunt, sed nos introvinus in labores corun.** (Yo, aunque indignísimo de contarme en el número de misioneros de la Compañía), le pido á V. R. de rodillas, con todas veras y afectos de mi alma, me conceda emplear mi vida y fuerzas en esta misión del Valle de San Pablo (que ha sido una de las cosas que más he deseado en esta vida). Porque puedo decir que he tenido particular devoción y tan vehemente inspiración para esto, que me parece está aquí cifrada mi salvación y toda mi felicidad, y solo falta que V. R. firme esta demanda, que tan ageza está de comodidad y socorro humano y sólo tiene el ser vir á Nuestro Señor y á su Compañía con mi vida, que perderé de buena gana en esta demanda."

Hasta aquí la carta del religioso y fervoroso Padre, escrita con deseo de entrar á doctrinar á los gentiles tarahumaras.

Primeras paces de los tarahumaras con los españoles.—El Sr. Marqués de Salinas funda el fuerte de Montesclaros.—Entran los indios de San Felipe de Chihuahua bajo la protección de los españoles.

AÑO 1610.

Para asegurar la paz de las floridas cristiandades de zuaques, sinaloas y tehuecos, contribuyó no poco la construcción de un fuerte en el país de los tehuecos, y cuasi en el mismo sitio en que había estado muchos años antes la villa de

Carapoa. Se fabricó sobre un cerro escarpado y fuerte por naturaleza. Al Norte de la montaña baña sus faldas el río y á los otros vientos se extienden unas vegas de bellísimos pastos. El recinto es bastante para poner en tiempo de

guerra aun el ganado y los caballos á cubierto de todo insulto. La figura es cuadrada, de murallas bastantemente gruesas para el género de las armas de aquellas naciones.

Los cuatro ángulos defienden otros tantos torreones, que sirvan también de atalayas. Aunque se concluyó esta fortificación gobernando el Sr. Marqués de Salinas, se le dió el nombre de **Montescalros**, en honra del Excmo. Sr. D. Juan de Mendoza, que desde algunos años antes había concedido la licencia. Tomó del fuerte como su nombre, el río que antes era conocido por el de Zuaque y Sinaloa, según la diversidad de las naciones que poblaban sus márgenes.

Este edificio no sirvió solo para la seguridad de los soldados y misioneros para poner freno á las excursiones de los gentiles y afianzar la fidelidad de los recién convertidos, sino que á su fama, sobrecogidos del temor los **Chinipas**, vinieron á tratar paces con el capitán Hurdaide y pedir sacerdotales que los doctrinasen en la fé.

Era esta nación vecina de los

Sinaloa por la parte del Oriente, y la que con ellos había puéstose en emboscada y hecho guerra á los españoles en la entrada que por orden del conde de Monterrey habían hecho á las minas el año primero de este siglo (1601.)

Dos de los principales, en nombre de todos los serranos que habitaban como á 50 leguas de la Villa de San Felipe (de Chihuahua) pidieron perdón de sus traiciones pasadas y ser admitidos bajo la protección de los españoles, con quienes querían cultivar una amistad sincera.

La antigua noticia que se tenía de las minas de aquel país, pareció por entonces bastante motivo para no disgustarlos con una agria respuesta, aunque por otra parte, no había suficiente fundamento para contar sobre la fidelidad de sus promesas. Para enviarles Padre, era menester expresa licencia del Virrey, y para pedirla se necesitaba de más claras pruebas que las que se tenían hasta entonces. El capitán procuró contenerlos en buenas esperanzas.

Segunda á los tarahumaras.—Primeros ministerios con los tarahumaras.—Los Conchos.

AÑO 1611.

El P. Juan Font, misionero también de Tepehuanes, y residente en el pueblo de Zape, tuvo orden de hacer segunda entrada á los tarahumaras. Visitó muchas quebradas y cuevas, persuadiéndoles que saliesen á poblar en sitios más

cómodos, y tuvo el consuelo de que más de 3,000 de aquellas bárbaros, dóciles á su voz le prometiesen salir á poblar el valle de San Pablo, como en efecto lo ejecutaron.

AÑO 1612.

Los Conchos es nación bastantemente numerosa que se extiende hasta las orillas del río grande del Norte. Por la parte del septentrion confina con los laguneros, y al Mediodía tiene algunos pueblos de los tepehuanes y valle de Santa Bárbara, por donde había co-

menzado á rayarles la luz del Evangelio á diligencias del apostólico padre Juan Font, que trabajaba con suceso en aquel país, aunque no sin continuos sustos de parte de algunos inquietos, especialmente entre los tarahumaras que habían bajado al valle de San

Pablo. Un cacique tepehuán de grande reputación entre los suyos, por su valor y nobleza, había comenzado á esparcir rumores sediciosos contra el misionero y los nuevos cristianos Conchos. La providencia del Señor dispuso muy en breve aquellos malignos consejos. Sobrevino al indio Turumanda (que este era su nombre) una flección á la garganta y al pecho, que le cerró enteramente el camino de la voz y aun el de la respiración, que apenas alcanzaba con fatiga.

Era esto á tiempo que él acababa de cerrar los oídos á las proposiciones de paz que por medio de algunos indios amigos suyos le presentaba el padre Font. El azote del Señor lo hizo locil, y luego enfermó como estaba, partió á verse con el misionero, aceptó la paz que el gobernador mandaba ofrecerle, y prometió hacer entrar en ella á los tarahumaras que no esperaban sino la señal que él les diese para ponerse en campaña, y acabar con los conchos y demás cristianos de aquellas cercanías. En este medio tiempo se vió muy bien la seguridad que trae la buena conciencia y la santa intrepidez de los hombres apostólicos.

Llegó uno de los padres á la estancia de un buen español en ocasión que le tenía muy inquieto la vecindad de unos indios que des-

pués de varias muertes se habían declarado públicos salteadores de aquellos campos. Oyendo el Padre de aquel hombre la justa causa de sus temores, sin deliberar un punto, pasó un cuarto de legua más adelante al lugar mismo donde estaban los indios. Les habló al principio con dulzura, y luego con grande libertad y osadía les reprendió sus delitos y la iniquidad en que tenían toda la tierra. Inquirió de cada uno el pueblo á que pertenecía: mandóles, dejar los arcos y aljivas, á que obedecieron con maravillosa docilidad. Entonces el padre, con grande afabilidad y blandura, ¿no sería mejor, les dijo, que en lugar de traer asustados á los vecinos, ayudárais á un pobre hombre á levantar su sementera, que por falta de compañeros se le pierde el campo? A estas palabras corrieron todos con grandísima algazara, y capitaneándolos el padre, fueron á la sementera del buen español, é hicieron lo que les había insinuado el padre, con tanta prontitud y alegría, que el hombre, fuera de sí después de haberles agradecido su trabajo con algunas cosillas de las que ellos usan y aprecian, quedó dando al Señor las gracias de la autoridad que sobre aquellas fieras concedían á sus ministros.

Relación de la vida y apostólicos ministerios del primer apóstol de los tarahumaras.—Muerte gloriosa que tuvo á manos de los Tepehuanes.

El venerable padre Juan Font, á quien yo conocí y traté, dice el P. Ribas, aunque por breve tiempo, pasados años antes de la rebelión de esta nación, de camino para la provincia de Sinaloa, era hombre de virtud. Puedo certificar que en los pocos días que gocé de su religiosa compañía, cobré un concepto grande del celo santo, ardiente, é incansable caridad de este venerable varón, en orde á buscar y remediar almas perdidas,

que habitaban en la sombra de la muerte, y puestos inaccesibles; y que el quererlas recojer y amansar, era como salir á recojer y sacar de sus cuevas á leones y tigres para amansarlos. Eché yo de ver en esta ocasión los grandes trabajos de este apostólico misionero.

Pregunté á un cacique Tepehuán que se halló presente, si sus indios amaban y estimaban mucho al padre Font (era esto mucho

antes de su alzamiento, y cuando andaba el padre ocupado en sus reducciones). Respondióme el cacique: Mucho ama nuestra gente al Padre, ahora tiene de hacer una nueva entrada la tierra muy adentro á gente que no se ha bautizado, y pretendemos reducir, y yo he de entrar en su compañía para ayudarle. De estos tales, tuvo el padre algunos en aquellos principios, que después desdijeron; que no es nuevo el malearse y trocarse buenos principios, y Jeseos en la fe, y la virtud, los que en otro tiempo fueron buenos cristianos. El Apóstol San Pablo estaba haciendo una plática á los Obispos, Presbíteros de Asia, despidiéndose de ellos después de tres años de predicación, acompañada de continuas lágrimas. Y con todo esto, allí les afirmó, que ellos mismos saldrían, y se levantarían hombres perversos, que habrían de turbar y pervertir el rebaño del Señor. **Ego scio, quoniam ex vobis ipsis exurgent viri loquents perversa, ut abducant discipulos port se.** Dicho bien digno de comparación y reparo para lo que vamos tratando, y dicho y a-severación de un Apóstol de las gentes, que no paraba en su predicación apostólica, y aunque tenía delante y á sus ojos, aquellos que habían recibido su sagrada Doctrina, y visto sus milagros y lágrimas, con todo, algunos de ellos habían de desdecir tanto, que vendrían á ser lobos, como en el mismo lugar los llamó el Apóstol, y que destruirían el rebaño de Cristo, que él con tantos trabajos tenía congregado.

Lo mismo le pasó al padre Juan Font con sus tepehuanes queridos, enseñados y beneficiados: y tanto, que cuando oí decir el destrozo que habían hecho en cuatro Ministros de doctrina que tenían, me admiré de su crueldad, y que no hubieran perdonado á su padre, que por tantos años (además de los grandes trabajos que había pasado) les había hecho tan grandes beneficios, y oficio de amoroso padre. Pero al fin quiso

Dios, por quien se habían padecido, premiarlos con la corona del martirio.

El padre Juan Font nació en Tarrasa de Barcelona; entró en la Compañía el año de mil quinientos noventa y tres, á los diez y nueve de edad. Pasó á la Nueva España de la provincia de Aragón, el de mil quinientos noventa y nueve con el padre Maestro Pedro Díaz, Provincial que fué de la nueva España, y luego partió á la misión de Tepehuanes, en la cual sucedió al Padre Gerónimo Ramírez su primer fundador. Hizo su profesión de cuatro votos de la Compañía, año de mil seiscientos cuatro. Los diez y seis, poco más, que vivió en esta Provincia, los empleó en la conversión de los indómitos tepehuanes, de muchos de los cuales fué su primer padre, reengendrándolos en Cristo por el Santo Bautismo. Entró solo, y sin escolta de soldados, y con ánimo intrépido, aunque confiado en Dios, como Ministro suyo, por montes y soledades de tierras de infieles, cincuenta leguas la tierra adentro, donde antes no había llegado otro Ministro Evangélico. Su casa, en estos parajes, era una tiendecilla de jerga que llevaba para decir misa, y en desiertos de gentes intratables, solía gastar los diez meses sin ver á español ninguno. El sustento era muchas veces de granos de maíz tostados; y cuando esto le faltaba, con yerbas del campo. Su bebida era el agua hovediza de charcos rebalsados. Parecíase á los antiguos padres del yermo, á quien era muy semejante, así en el vestido pobre y roto, como en la venerable barba crecida por falta de instrumento y de quien la cortara.

De esta manera volvía á tierra de cristianos, flaco y desmejorado, y tal, que causaba lástima verle tan maltratado.

Pero el varón Santo salía alegre y contento de estas entradas, con las presas que quitaba de las garras al demonio, trayendo cada vez mucho número de indios báb-

baros á las aguas del Santo Bautismo. Cuando ya los tenía congregados, por aquerenciárselos más, les enseñaba á labrar sus tierras y casas, dándoles instrumentos hechos de su mano para eso. Y llegó á tales términos su caridad, que algunas veces les araba y enseñaba á arar la tierra de sus sembraderas, y buscaba bueyes que darles por obligarles á vivir en cristiandad y política humana; y en cierta manera haciéndolos de fieras, hombres racionales. En enfermedades curaba á los indios con sus propias manos, guisándoles la comida y con singular amor se la ponía en la boca, como piadosa madre. Con ellos gastaba la linosna que el Rey da para vestido y sustento de los Ministros, pasándose él con la extrema pobreza que habemos referido. Su cama era muchas veces el duro suelo, ó por regalo un cuero de **Cibolo**, ó una tabla. Y no contento con esa vida de continua penitencia, añadía cilicios, y disciplinas ordinarias y rigurosas. Su humildad fué profunda: y su oración frecuente, así en poblado, como en los campos. El sacrosanto Sacrificio de la misa lo ofrecía con tal preparación y devoción, que no pocas veces enternecía á los que la oían. Finalmente, la caridad de este bendito padre (que es la corona de las demás virtudes) resplandecía en él de suerte que á todos quería meter en sus entrañas de amor; que se echaba muy bien de ver que nacía del que tenía al divino Redentor del mundo, que por estos indios, como por todos, murió. Y no fuera poderoso otro, ni aquí lo había, para solicitar su ánimo á sufrir tantos trabajos, y tan prolongado destierro de tantos años, que parece los podemos comparar con los que padecieron grandes Santos.

Tuvo don para aprender lenguas bárbaras, porque aunque no supo infusas, pero fueron aprendidas con favor divino, y la Tepehuana con tal propiedad y eminencia, que en hablar parecía uno de ellos. Compuso arte y vocabu-

guido en la doctrina de esta nación, han aprendido con facilidad y hecho mucho fruto en las almas. En estos ministerios, juntando las partes de un perfecto anacoreta, á gloria de Dios y honra de su Iglesia, hizo oficio de Apóstol, dándole muchos millares de nuevos hijos; y levantó no pocos templos é Iglesias.

Los indios llevados de su natural inconstancia, sucedía á veces dejar los pueblos y las iglesias que el Padre con tanto trabajo y tan á costa suya en ellos había edificado; diciendo que aquellos puebsos no les contentaba. Hubo vez, que una sola parcialidad ó rancheería, hizo que desamparasen cinco pueblos, que les había edificado y congregado. Y en estos casos el humilde Padre, por no contristarlos y hacerles suave la Ley de Dios, condescendía con ellos, no reparando en lo mucho que cada pueblo é Iglesia le había costado. Y con todo, fué su paciencia y perseverancia tan admirable y constante, que vino á congrega y fundar muchos pueblos con los desnudos indios, que con tan inmensos trabajos de entre montes había sacado, y bautizándolos, los hacía vivir en la Ley Santa del Señor.

Andando en estos tan apostólicos ministerios este evangélico Ministro, en carta que escribió, puso el capítulo que yo aquí trasladaré y en que brotó el celo santo, que en su corazón ardía de la salvación de estas almas, que tantas fatigas y sudores le costaban. Estando (dice) en el pueblo de Indehe, acudió tanta gente á verme de seis y siete jornadas la tierra adentro, que me enternecí y sentí tanto el no poderme ir con ellos, como me instaban, que dije en mí mismo: Quién tuviera, sin dependencia de Virreyes, la mano tan larga que sin necesidad de acudir á ellos; pudiera yo entrar como nuestro Padre Francisco Javier, á predicar el Santo Evangelio, aunque fuera con riesgo de mi vida:

En estas breves razones dió

muestras claras del fervor de sus deseos este siervo de Dios, á cuyo conocimiento pretendía traer las naciones más fieras y remotas del mundo. La última que convirtió fué la de indios que llaman del Valle de San Pablo, tan sangrientos en un tiempo, que solo ellos tenían en arma á toda la Provincia vecina de Santa Bárbara; y el Padre los domesticó, convirtió y bautizó. Algunos de ellos, llevados de su natural y bárbara libertad; y lo principal, instigados por Satanás, á guisa de novillos cerreros, no podían llevar á paciencia la vida cristiana, ni mandamientos divinos, y por sacudir de sí el suave yugo de Jesucristo, procuraron quitar varias veces la vida á este su Ministro; y de hecho, dos veces le tuvieron encerrado y sin darle de comer boñado por mucho tiempo, para que muriese de hambre.

Mas como no era llegada su hora, no les dió Nuestro Señor licencia para la ejecución del sacrilego intento. Pero por esta ingratitude nunca dejó el Santo Padre su apostólico empleo. Aunque pudiera salir de tantos peligros y trabajos, siquiera á otras ocupaciones, para las que tenía muy buenos talentos, no lo apeteció, diciendo, que quería más ayudar á aquellos miserables indios desuados, sin desamparar su puesto, que cuantas cátedras y pompas había en el mundo; pues por esto se había desterrado de España. Y lo cierto es, que aunque este apueblo, en él honró mucho á su religión y madre, la Compañía de **Jesús**, y les dejó á sus hermanos grandes ejemplos de virtudes, las cuales se han contado aquí por mayor, no descendiendo á muchas acciones particulares, porque sería nunca acabar el querer referir todas las heroicas que ejerció.

Fué Superior muchos años de toda la misión de Tepehuanes. Padeció martirio á sus manos, y sucedió en la forma que se dirá después. El amor de Cristo Nuestro Señor sacó de España á lo remo-

to de las Indias á esta trabajosa empresa á este su fiel siervo; y este mismo amor le puso en el trance de la muerte que padeció. Y aunque esta no la pasó ni pudo más que una vez efectivamente, pero fueron innumerables las veces que en tantos años, y en tales ocasiones y peligros; como en las que se vió ofreciendo su vida á Dios y por la salud de sus prójimos; y esto no en lo retirado, donde no están de prójimo los peligros amenazando, sino cuando los veía á sus ojos, y oía sentencias de muerte contra sí. Y podemos decir del Padre Juan Font que tragó la muerte muchas veces, y se ofreció á ella, como lo significa el capítulo de su carta. Porque como este bendito Padre fué de los primeros que entraron á convertir á esta gente, y cuando esta estaba más cruda en su infidelidad y natural fuerza, le fué forzoso parecer más, y verse en mayores peligros que los demás. Hasta que se llegó la hora dichosa de dar su vida, que tantas veces había ofrecido por Cristo. El Gobernador de la Vizcaya, Don Gaspar de Albear, que se halló presente cuando se recogieron los santos cuerpos, (1) dijo que todos estaban tan enteros, que se podían muy bien conocer, y sin rastro de mal olor, y junto á los del Padre Font, y Gerónimos de Morata, unos papeles de sermones; que con haber estado casi tres meses llovido y nevado sobre ellos, se estaban tan sin señal, como si hubieran estado en una casa guardados; y que unos pernillos que tenían los Padres, de guarda de las cabalgaduras en los despoblados, estuvieron tan asistientes, todo ese tiempo, á los cuerpos difuntos, que cuando lle-

(1) De los PP. Gerónimos de Morata, Juan del Valle, Luis Alavés de Oajaca y Juan Font, mártires del Zape, donde todavía hoy (1906) se conservan las cruces en el sitio de su martirio, y la memoria de dichos mártires.

garon los españoles, les ladraron, como dando á entender que allí estaban sus amos: y dando á entender que habían tenido más ley con ellos, que aquellos bárbaros con los que eran sus amorosos padres y maestros.

0

**Relación del martirio del P. Font y de sus compañeros en el Zape.—
Encuéntanse los cuerpos de los cuatro Padres, incorruptos**

AÑO 1616.

El Capitán Montaña, que había sido despachado por el Gobernador para que explorase la tierra y descubriese al enemigo, llevaba también orden para que fuese á apartar al pueblo del Zape, donde se juntarian para dar una vista al gran destroz que se decía haber allí pasado. Ejecutólo y llegando á este puesto, hizo justicia al indio y pérfido Antonio, que llevaba preso, mandándolo colgar de un palo, delante de la Iglesia, que los indios habían profanado, y donde habían muerto á los Padres. Halló en este lugar uno de los más tristes espectáculos que se pudieron imaginar, y las señales de crueldades que en él se ejecutaron. Los cuerpos de los benditos Padres Juan del Valle y Luis de Albaz, se hallaron haber sido muertos, como á dos pasos de su casa, y junto á la Iglesia: á los dichos Padres Juan Font y Gerónimo de Moranta, vieron haber sido muertos á un cuarto de legua del pueblo, cuando iban á la fiesta que se trocó en tragedia, y el uno frente del otro en el camino. Todos ellos estaban bien conocidos, como si los acabaran de matar, y de la misma manera los demás que murieron, los cuales podemos entender que perdieron sus vidas gloriosamente, por ser Católicos Cristianos, y en odio de la Fé Santa que apóstatas herejes perseguían; porque ¿cuál otro motivo pudo enfurecer tanto los ánimos de gente que no perdonó á niños de dos años, que se hallaron muertos y tendidos por el suelo? Más de treinta españoles se habían allí juntado con otra gente de servicio, indios é indias, anti-

guos cristianos, todos en número de noventa, convocados para celebrar la fiesta de la colocación de una Imagen de Nuestra Señora, de grande devoción, que se había traído de México. Los españoles, traídos de su devoción, habían venido con sus esclavos negros y gente del Real de Guanaceví á preparar el adorno de la fiesta, y estando en la misa entraron los bárbaros y acabaron con ellos, con furor.

Los cuerpos estaban á una tendidos y las bocas en el suelo. Túvose esta por ceremonia de esta nación, ó porque el demonio del ídolo se la enseñó, que se sentía atormentado de las oraciones que rezaban, y de sus bocas salían. La Iglesia y casa de los Padres, abrasadas y robadas; y en otra casa se hallaron quemados treinta indios cristianos, chicos y grandes, donde pensaron guarecerse, no les valió ser indios, para quedar con la vida. El Gobernador Don Gaspar de Albear, lastimado de ver tal estrago, hizo dar sepultura en aquella Iglesia quemada por la fé, á los cuerpos de todos aquellos católicos cristianos, reservando los cuatro de los Padres, que aunque les pedían los vecinos de Guanaceví, por la devoción que les tenían y doctrina que de ellos habían recibido, razón que alegan para tener derecho á ellos. Con todo, el Gobernador, muy devoto de nuestra Compañía, los quiso llevar consigo (como adelante se dirá) para depositarlos en nuestra Iglesia del Colegio de Guadiana, á quien pertenecían. Con su escuadra, y llevando esos benditos cuerpos, quiso dar la vuel-

ta, para tener noticias de todo, por el puesto y pueblo destruido de Santa Catalina.

Aquí hizo buscar el cuerpo del bendito Padre Hernando de Tovar; no le halló sino un cestico con papeles y pedazos de ornamentos sagrados. Despachó á dos Capitanes, Montañó y Montineros, con algunos soldados, á descubrir y dar alcance á los enemigos, con quienes deseaban encontrar, para despedazarlos, habiendo visto por sus ojos los grandes estragos que habían cometido. Los dos Capitanes toparon algunas cuadrillas, que no los aguardaron, aplazando con arrogancia el verse en Santiago Papazquiáro, aunque allá no parecieron. Pero saliendo de este puesto el Gobernador, una escuadra de los enemigos le salió al encuentro. Venía por Capitán de ella un mestizo, llamado Canelas, hijo de india y español, muy célebre y nombrado en este alzamiento, aunque él se excusaba de haberse quedado en compañía de los tepehuanes, porque si le declarara lo mataran y para entregarlos á ellos en manos de los españoles. Séase lo que se fuere, él venía capitaneando á la escuadra, con la cual tuvo algunas refriegas el Gobernador y su gente, y sin daño propio, mataron algunos de los enemigos, y les quitaron algunos de los arcabuces, despojándolos de caballos y mulas que habían hurtado y con que se pusieron en huida. Hicieron esta fuga por ver muerto entre los demás un indio que mucho estimaban; y este fué el que debajo de falsa y fingida paz, hizo salir de la Iglesia de Papazquiáro á los Padres y españoles, que allí se habían recogido; con que iba Dios castigando y acabando con traidores y principales apóstatas de su Santa Fé. Otro indio se cogió vivo, á quien se dió tormento y declaró, que todo el bagaje de los enemigos y sus mujeres y gente menuda, estaba en un pueblo llamado Tenerapa (lugar fué este donde tenían colocado y estaban al amparo de su falso dios, un

ídolo endemoniado y había sido el primer puesto de su adoración, y donde se fraguó el alzamiento). Este pueblo distaba diez leguas; la gente nuestra había caminado aquel día cinco.

Llamó el Gobernador á consejo, por alentarla, aunque todos estaban tan animados, que determinaron caminar de noche, y dar albazo á la madrugada al enemigo, como lo ejecutaron. Salió el Gobernador á la ligera, con cincuenta soldados españoles, llevando consigo al Capitán Gordujuela, que se le había juntado, y sesenta indios amigos, dejando los demás en guarda del bagaje. Llegaron al amanecer á la vista de Tenerapa; divisó á los nuestros un indio que andaba recogiendo la caballada de los enemigos, á quien dió voces que llegaban españoles. Ellos, apresurados, acometieron al pueblo, pusieron los contrarios en huida, y con ellos el mestizo Caneha y algunas indias. Pero con todo, en el asalto murieron treinta y fueron presas como doscientas personas tepehuanas, mujeres y niños; y entre ellos se rescataron de su poder dos niñas españolas, que se habían llevado, hijas del Teniente de Papasquiáro, Juan de Castilla, que allí murió. También se sacaron cinco mulatas, que habían guardado con otra alguna gente de la nuestra, que tenían para su servicio, cuando (como pensaban) se quedasen por señores de la tierra, y como falsamente se los había prometido su ídolo. El Gobernador mandó ahorcar algunas viejas de las que habían tenido grande parte en el alzamiento. Porque éstas son las que tienen mucha parte en las acciones y facciones semejantes y tienen mucha autoridad con estas gentes; y de ellas, como de instrumentos, se sirve el demonio para cuanto maquina contra la cristiandad.

Y para que se entienda lo que apuntamos, de que iba castigando Dios y quitando la vida á estos diabólicos instrumentos, dispuso y quiso, que dos de las indias que

se ahorcaron, fuesen las que trajeron los tepéhuanes en procesión, y en andas de los Santos, cuando en Santiago Papasquiari hicieron el destrozo que allí se contó. Cogiéronse aquí de despojos algunos arcabuces, cotas y cueras de los españoles y otras cosas de valor; sacáronse más de ciento cincuenta cabalgaduras, yaguas y mulas, con que se concluyó esta dichosa facción.

Salió el Gobernador de vuelta para donde estaban los enemigos, sin saber lo que había de suceder; habían citado á los españoles para pelear y el Gobernador no los huía, sino los mandaba buscar. Y así, dejando orden á la gente del bagaje, para que le siguiese, partió más á la ligera á dicho puesto de Santiago.

Ejecutaron la orden y llegaron cada uno por su camino, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos y por la buena suerte que les había dado. Pero aquí grandemente lastimados por los rastros de maldades y delitos atroces que hallaron de tantos huesos de difuntos, que cruelmente habían muerto en este puesto, como atrás queda dicho; y tan mondos y limpios de carne, como si fueran muertos de muchos años, sin poderse conocer sus personas, dióseles sepultura en la Iglesia quemada. También estaba la casa de los Padres y todo hecho un eriazo y despojado. De aquí, no habiendo parecido los enemigos, partió el Gobernador de vuelta para Guadiana, llevando de presa de gente menuda de mujeres y niños de los enemigos, como doscientas cincuenta personas.

Y lo que él más estimaba, los cuatro cuerpos, que enteros habían hallado de los benditos Padres, muertos en el Zape, por predicar la Fé de Jesucristo. Y aunque murieron por la misma causa, y gloriosamente, los de Santiago

Papasquiari, no los quiso nuestro Señor señalar con esta gracia, como en semejantes casos ha sucedido con otros muchos Santos Mártires suyos, cuyos cuerpos dejó que se abrasasen, habiendo librado á otros de las llamas, sin permitir que los consumiese el fuego. Y de sus Santos confesores, Virgenes algunos, ha concedido la incorruptibilidad; y á otros, aunque muy Santos, dejó sujetos á la corrupción: de que la razón es, por que la principal y plena gloria se les tiene guardada para el día de la universal resurrección.

La otra es gracia particular, que hace Dios conforme á los fines de su altísima providencia. Y aunque gracia, no consiste en ésta la santidad, ni es necesaria señal de ella. Y así no es de reparo que el Gobernador no hallase señal para conocer y entresacar los huesos y despojos de los dos Padres que murieron en este puesto, como halló enteros los que murieron en el Zape y llevaba consigo el mismo Gobernador en esta jornada; que no fué la postrera que hizo.

Murió pues, el Padre Juan Font á diez y nueve de Noviembre de mil seiscientos diez y seis años, en el pueblo llamado de San Ignacio del Zape, á manos de sus moradores, á quienes se juntaron los mismos que el día antes habían martirizado á los otros Padres en el pueblo de Santiago Papasquiari, guiándolos y siendo como caudillo un indio apóstata, llamado Francisco de Oñate, al cual, por estar amancebado y con escándalo, con muchas mujeres, los Padres como párrocos propios, lo habían reprendido y dado buenos consejos. En pago de los cuales y principalmente á persuasión de su falso ídolo, que decían que les hablaba, dieron la muerte á estos siervos y Ministros de Dios.

—o—

Descripción de los chínipas, tribu tarahumara.—Piden el Santo Bautismo los "Chínipas" y los "Guasaibos" ó Guazapares

AÑO 1610.

Los chínipas, pueblos situados en lo más alto del río del Fuerte, sabiendo la grande hambre que afligió por este tiempo á los sinaloas y otros pueblos vecinos, recogieron una gran cantidad de maíz, frijol y otras semillas, que vinieron á ofrecer gustosamente á los misioneros para el socorro de aquella necesidad, pidiendo que en recompensa fuesen á sus tierras á doctrinarlos en la fé. Con la esperanza de que en pasando las aguas se les daría gusto, partieron llenos de consuelo.

Dieron aviso al resto de la nación, y de común acuerdo, resolvieron abrir y allanar los caminos: redujéronse á cuatro pueblos, edi-

ficaron casa é iglesia, levantaron cruces por todas partes, y lo que no se había visto en otro alguno de los pueblos, ellos espontáneamente vedaron, bajo graves penas, que ninguno hiciése ni vendiese algún licor que embriagase.

A los chínipas se juntaron para esperar padre, otras rancherías de gentiles vecinos, que llamaban Huites, y que ya de antes habían pretendido ansiosamente lo mismo. Los guazapares, nación numerosa y que ya por dos ocasiones había bajado á tratar de su doctrina, repitió la misma diligencia aun con más vivas instancias por este mismo tiempo.

Reducción de los "Chínipas."—Ejemplo singular del cacique con motivo de un crimen.—Vocación de los Ohíos, Barhios, "Tenoris" y "Guazapares."—Muerte del H. Coadjutor Francisco Castro y su elogio.

AÑO 1627.

En Sinaloa se agregó al rebaño de Jesucristo la numerosa nación de los Chínipas. Ya desde el año de 1621, el fervoroso padre Pedro Juan Castini había entrado á aquellos países, y dejando allí un hábil catequista de los sinaloas, que les fuese instruyendo en la doctrina, después de haber hecho paces entre esta nación y los guazapares, cuyo cacique Cabameai, pe lía también con grande instancia el bautismo. Desde aquella primera entrada se habían bautizado como cuatrocientos párvulos, y los adultos hacían cada día nuevas instancias para tener la misma fortuna. Sin embargo de tan saludables deseos, ó porque juzgaron que todavía no les obligaba su pretensión para abstenerse de los gentílicos saraos y embriagueces, ó porque creyeron serles lícito despojarse de sus antiguos ritos con to-

da solemnidad, determinaron celebrar uno de aquellos bailes, con más ruido y mayor aparato que otras veces. En él, uno de los principales caciques, aturdido con la fuerza del licor, sobre un tenue motivo flechó á una parienta suya.

Volvió en sí, y reconocido de su crimen, que temía fuese motivo de retardar la entrada del padre en sus tierras, resolvió, irse á arrojar á sus pies. Ejecutó esto con tanto fervor y diligencia, que en solo un día anduvo un áspero y penoso camino, que era regularmente de tres jornadas. El padre Castini, compadecido de su ceguera ó ignorancia, y por otra parte, enternecido de su dolor y lágrimas, lo recibió con benignidad; pero, sin embargo, llevado del celo de reparar con una pública satisfacción aquel grave escándalo que podía viciar todo el te-

rreno para la semilla del Evangelio, le mandó que restituido á su pueblo juntase en la enramada que les servía de iglesia á todos los caciques, confesase delante de ellos su culpa y les suplicase que para escarmiento de los demás, cada uno descargase sobre sus espaldas dos golpes de disciplina. Oyó el bárbaro una proposición tan dura y partió luego á ponerla en ejecución, á pesar de toda la resistencia y el respeto de los suyos. Acabado un acto de tanta edificación, el fervoroso cacique, vuelto al pueblo, que había concurrido en tropel; yo (les dijo) por haber incurrido en el delito que sabéis, me he sujetado á un castigo tan duro para enseñaros cuál debe ser el ánimo y disposición de nuestros corazones, estando para recibir el bautismo. Si mi ejemplo os ha engañado, que os desengañe mi arrepentimiento y que os persuada á que en lo de adelante habéis de tener en mí un fiscal y un celoso vengador de las ceremonias gentílicas de los licores, y de todos los vicios que ellos ocasionan.

Esta exhortación y este ejemplo bastó á desterrar para siempre de toda la nación la envejecida costumbre de sus embriagueces y bailes profanos.

Sabida la bella disposición de los ánimos, resolvió el padre pasar de asiento á los Chínipas, á que se habían juntado de las vecinas naciones los **chíos, barohíos**, guazapares en número de más de quinientas familias. No pudo hacerlo tan presto como deseaba, por haber muerto poco después de aquella cuaresma el hermano procurador de aquellas misiones y que era las manos y los pies de los misioneros. Era este el hermano Francisco de Castro; que de la familia del Excmo. Sr. Marqués de Villamanrique, sacado de Dios para humilde coadjutor de la Compañía, sirvió en ella treinta y cuatro años, desde el de 1593, en que

volviendo á Sinaloa, de donde había venido á negocios de su misión, lo llevó consigo el venerable padre Gonzalo de Tapia. Fué hombre de grande humildad y de constante mortificación y observancia. Algunos piensan haberse después ordenado de sacerdote y pasado de coadjutor temporal á espiritual, á que parece haber dado motivo el padre Juan Eusebio Nieremberg. Llevado de esta opinión el autor de los latinos y elegantes elogios de algunos de nuestros varones ilustres, que por orden de N. M. R. P. General Laurencio Ricci se enviaron á Roma, escribe así: "*Literarum haud omnino expers oblatos sacerdotis dignitate admisit, in qua tamen constitutus, etc.*"

En las cartas anuales de nuestra provincia, en las vidas manuscritas de los claros varones, en la historia del padre Rivas, que en el libro 3, cap. último se escribe su vida por un testigo ocular que lo trató muchos años, no se hace memoria alguna de sus órdenes. Nuestro menologio y el padre Oviedo en sus elogios de coadjutores, lo ponen en este grado: no hemos podido saber el fundamento que tuvo el padre Eusebio. Sobre el día y año de su muerte no se varía menos.

El padre Oviedo en los referidos elogios y nuestro menologio, le asignan el día 5 de Febrero. El padre Andrade por Diciembre; el padre Petrignania 7 de Junio. Estos dos últimos le hacen muerto el año de 24. No sé con qué motivo pueda haber causado tanta variación. Lo cierto es que murió dejando en aquella misión un gran vacío el año de 1627, el día 14 de Abril, como consta de la carta que el padre Juan Varela escribió al provincial, firmada en 16 de Febrero de 1628, en la cual dicho padre Varela, Superior de aquella residencia, lo trata siempre como el padre Rivas con el nombre de hermano.

Entra el P. Castini á los Chínipas solemnemente.—Elogios del Padre Castini

AÑO 1623.

Luego que lo permitió el tiempo, pasó el padre Castini al país de los Chínipas, que con un increíble júbilo lo recibieron en la iglesia y casa que tenían ya edificadas. Colocáronse cruces en las casas y calles, y se concedió el Santo Bautismo á los más bien dispuestos de los adultos, entre Chínipas y guazapares temoris y algunas otras naciones, que cada día engrosaban el partido de los fieles. El padre Pedro Juan Castini, que había conquistado esta nación, reduciéndola ya casi enteramente al gremio de la Iglesia, después de haber estado la mayor parte del año con sus nuevos hijos, le fué forzoso dar la vuelta á los sinaloas y los huites.

En el año de 1664 falleció en el colegio máximo, el espiritual y devoto padre Pedro Juan Castini, natural de Placencia del Pó, en Italia, y primer apóstol de los Chínipas, huites y otras naciones en la provincia de Sinaloa, donde trabajó muchos años. Fué muy singular devotó á la Santísima Virgen, que procuró arraigar en los corazones de sus neófitos, y promovió después, veintidós años en la congregación que fundó, de la Purísima, con prudentísimas constituciones y ministerios utilísimos. Falleció el día 23 de Septiembre. La venerable congregación de San Pedro, que hizo el convite á sus ilustres miembros para asistir á las dichas honras, no dudó llamarle padre común de la clerecía, una de las columnas más sólidas de la Compañía de Jesús y dechado de toda perfección. El venerable padre Bernardo Pardo, rector entonces del colegio máximo, imprimió carta de sus singulares virtu-

des, y como á uno de los más esclarecidos sujetos de esta provincia. Insertó su vida el padre José Casani en el tomo de sus varones ilustres, á que ahora nos remitimos. Había el padre Castini, poco antes de morir, añadido nuevos motivos de fervor y devoción entre sus congregantes de la Purísima con la esclavitud de los cinco señores que había intentado incorporar en ella, para hacer más universal y extender á las mujeres el fruto espiritual de muchas gracias é indulgencias que á aquella gloriosa esclavitud había concedido la Sede apostólica. Esta piadosa invención tuvo principio en Florencia, capital de Toscana, en el colegio donde se erigió primeramente con el beneplácito y confirmación de N. S. P. Urbano VIII. Después, á su imitación, se formó otra en la América Meridional, en la ciudad de Santiago, capital del reino del Chile, que confirmó asimismo y enriqueció con muchas indulgencias la santidad de Inocencio X. Estos ejemplares animaron la devoción del padre prefecto y congregaciones de la Purísima, que desde luego se prescribieron algunas devociones y obras de caridad en obsequio de los cinco gloriosísimos señores. Entretanto, se recurrió á la santidad del señor Alejandro VII, suplicando se dignase admitirlas bajo su protección, aprobando con su apostólica autoridad su erección, reglas y piadosos ejercicios, y enriqueciéndola con particulares gracias, como se consiguió felizmente, aunque algún tiempo después de la muerte del padre Juan Pedro Castini.

Fervor de los Tarahumaras.—P. José de Lomas.—Describe el P. Pascual algunas costumbres de los Tarahumaras.—Fundó el P. Juan de Heredia á “Nonoava” y á “San Miguel de las Bocas (1630) Prosigue la fundación el P. Gabriel Díaz.

AÑO 1629.

Aun fué más que el de los gentiles de Topía el fervor de los tarahumaras. Á la conversión de éstos había dado principio, desde el año 1607, el venerable padre Juan Font. Primero las guerras de unas naciones con otras, luego el alzamiento de los tepehuanes sus vecinos sofocaron con facilidad el grano que apenas comenzaba á brotar en las bellas esperanzas. Después se había hecho una ú otra ligera excursión al valle de San Pablo, donde solían bajar algunos de esta nación, que el padre José de Lomas procuraba atraer con dulzura. El fuego, aun no enteramente apagado bajo las cenizas, volvió á prender en algunos corazones más bien dispuestos. Son los tarahumaras (dice el padre José Pascual, uno de sus más antiguos misioneros) gente política y aun en su gentilidad se cubrían ellos y mucho más ellas, con un tejido de pita hecho de unas palmillas silvestres de que sacaban hilo y tan tupido que el agua en él se contiene sin derramarse ó consumirse, mucho más cuando está tirante. Son grandes labradores, crían aves de Castilla con abundancia, y muchos tienen sus manadas de ovejas, con lo cual mantienen algún trato y comercio con los españoles, que les ferían ropa y otras cosas. Son belicosos, y en las ocasiones que se han ofrecido, han mostrado mucho valor, ó por los españoles ó

contra ellos. Al Oriente tienen el río de los Conchos, y al Poniente la Sinaloa, Sonora y las regiones de Nuevo México; al Norte y al Austro la nación de los Tepehuanes, cuya lengua hablan también comunmente. Su región se extiende, según parece, desde los veintiséis hasta los veintinueve grados y medio al Norte. El trato y comunicación con los ministros de los tepehuanes los movió á venir á Guadiana á presentarse al Gobernador Don Hipólito de Velasco, marqués de Sinaloa, á pedir padres que les doctrinasen de asiento, prometiendo poblar á su elección en los lugares más cómodos que se les señalasen para su mejor administración. El gobernador señaló luego al capitán Juan de Baranza, que de acuerdo con el padre Juan de Heredia, destinado á esta empresa, por el P. Provincial, reconociese y eligiese los puestos más á propósito. Pasaron hasta Nonoava, donde juntaron hasta cuatrocientas personas, con las cuales junto al nacimiento del río Florido se fundó el pueblo de San Miguel de las Bocas. Al Padre Juan de Heredia, que cultivó algunos meses esta nueva viña, sucedió el padre Gabriel Díaz, portugués de nacionalidad, que después de algún tiempo fundó el pueblo de San Gabriel, sobre el mismo río cercano al de las Bocas.

**Vida y ejemplarísimas virtudes del Venerable Padre Gabriel Díaz,
que remató el curso de sus prolongados años, doctrinando la
nación nueva en la fe de los Tarahumaras**

I.

Pasa á la Nueva España, y los primeros empleos que tuvo en ella

Aunque en particular no tenemos noticia de los primeros ejercicios de virtud de este santo varón en sus juveniles años, pero por el ejemplo grande que en todo el tiempo que estuvo en nuestra Provincia de Nueva España dió de ellos, se colige claramente que le previno Dios Nuestro Señor, muy temprano, para que todo se diera á su divino servicio.

Pasó el padre Gabriel Díaz á estas partes el año de 1599, en compañía de otros sujetos que traía el P. Maestro Pedro Díaz, y lo que podemos entender es que, como Dios lo tenía señalado y escogido para los empleos de grande gloria suya y bien de las almas, en que en la Nueva España había de ayudar con su doctrina, dispuso Su Majestad que se hallase presente en Madrid cuando el Padre Procurador hacía gente para esta nuestra provincia. Vino á ella siendo estudiante, y en México acabó sus estudios de Artes y Teología, con tanto aprovechamiento, que fué profesor de cuatro votos en la Compañía. Ordenado de sacerdote fué enviado por la santa Obediencia á nuestro Colegio de Pátzenaro, en la provincia de Michoacán, donde varones muy señalados y santos de nuestra Compañía se emplearon en la ayuda espiritual de los indios tarascos, en quienes el padre Gabriel Díaz, viviendo en él con un ferviente deseo y celo santo del bien de las almas, luego se aplicó á aprender la lengua tarasca, y en ella confesaba y predicaba á los indios, con grande ejemplo de religión, sin excusar jamás de trabajo que en el cumplimiento de este ministerio se le ofreciese. A este añadía el ejercitar los ministerios mismos con los españoles, hallando todas unas entrañas de

caridad, para ayudarlos en el bien espiritual de sus almas. En este y en otros colegios de la Provincia, ocupó la santa obediencia por algunos años á este muy religioso y fervoroso operario, el cual, donde quiera que estaba, el tiempo que le sobraba de ayudar á los prójimos, retirado en su aposento (á que era muy aplicado) lo empleaba á sus solas en silencio, ejercicios de devoción y lección de libros santos.

Por este medio parece iba previniendo Dios Nuestro Señor al padre Gabriel Díaz para la última dificultad y gloriosa empresa, donde había de rematar los últimos años de su prolongada vida. Porque habiendo ido del colegio de Pátzenaro al de Guadiana, que es de los más remotos de la Provincia, y cercano á las misiones que entre naciones bárbaras ejercita freció ocasión en que fué menester enviar á un Padre misionero que se encargara de la doctrina de unos pueblos de indios muy nuevos en la fé, y que se iban reduciendo de la gentilidad á nuestra santa Iglesia, de una nación llamada Tarahumara, la cual aunque había años que se deseaba reducir por varios accidentes, no tenía efecto.

Estando, pues, en este tiempo en el Colegio de Guadiana el P. Gabriel Díaz, dispusieron los superiores que él entrase á doctrinar estos pueblos, 50 leguas más la tierra adentro, y se encargase de esta empresa llena de trabajos y peligros. Conocióse que esta más había sido disposición divina que humana, porque en este tiempo era ya el padre, de edad madura y de canas, y había trabajado buen número de años en algunos colegios de la Provincia, así con españoles como con in-

dios, habiendo aprendido para este efecto la lengua Tarasca y cuando parece que era tiempo de descansar de los trabajos pasados en alguna casa ó colegio de la Provincia, lo escogió la Santa Obediencia para nuevos trabajos de una edad fuerte y robusta, á aprender la lengua bárbara, como lo hizo, á reducir y amansar fieras indómitas, ajenas á toda humanidad y policía. No acobardaron á este siervo de Dios todas estas dificultades, con otras que pudiéramos añadir, para que supo la disposición de los Superiores dejase de aceptarlas y abrasarlas con resignación valiente y un ánimo preparado á parecer por Cristo, y por la ayuda de la salva-

ción de las almas que redimió su preciosa sangre, todos los trabajos que en esta nueva empresa se le ofreciesen. Partió luego á su misión de **San Miguel de las Bocas**, distante de Guadiana como 50 leguas tierra adentro. Hallóla como tan nueva en su reducción y asiento, tan pobre de albergue donde poder descansar y la Iglesia donde celebrar los oficios divinos, que ésta era un jacal ó por cubierto de paja; y la casa, más sepultura de muertos que habitación de vivos; y para el sustento más regalado de esta tierra y de los indios que la habitan, es el maíz ó trigo de las ñañas y sierras, ó raíces del campo.

II.

Del celo y espíritu apostólico con que administró el Padre Gabriel Díaz la doctrina que se le había encomendado de S. Miguel de las Bocas.

No inquietó ni aún melancolizó el ánimo generoso del siervo de Dios; ninguno de los trabajos y dificultades que en esta empresa se le ofrecieron, antes con un valor y ánimo apostólico, abrazándose con la Cruz de Cristo, trató de llevar adelante su misión y Doctrina de sus indios bárbaros é incultos. Para esto (como lo tuve por relación, que de la vida de este santo varón me envió un Padre que estaba en estas misiones), lo primero que asentó fué vestirse de aquellas entrañas de piedad y misericordia que aconsejó el Apóstol San Pablo á los Santos y escogidos de Dios, diciendo: **In duitte vos ergo sicut electi Dei, Sancti, et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem modestiam, patientiam.** Y en bien hubo menester este escogido ministro de Dios, vestirse y armarse con todas esas virtudes que encargó el Apóstol, par introducir costumbres y vida cristiana en unas fieras del campo, en quienes á ve-

ces apenas quedan rastros de humanidad; pero esos son los triunfos de la ley de Cristo y su Evangelio. Trataba á sus Tarahumaras con entrañas de Padre, que deseaba la vida y salud de los hijos que andaban más perdidos que el Hijo Pródigo; no perdonaba á obra de caridad que pudiera ganarlos, porque además de ser continuo en enseñarles las verdades de nuestra santa Fé y Doctrina Cristiana, les acudía en todo cuanto podía en sus necesidades, repartiendo con ellos de su pobre comida, dándoles á otros el vestido, curando y regalando sus enfermos en el cuerpo, para ganarles el alma. A esta caridad y benignidad de Padre, supo juntar este evangélico Ministro la virtud muy importante en los tales la prudencia y autoridad de Padre cuando era menester usar de rigor y castigo como hijos desbaratados. Decíase del Padre que si algún indio andaba desconcertado, el castigo era llamar al culpado y decirle con se-

veridad: "ven acá, perdido, ¿cómo has hecho esto?" No me veas, que ni tú mereces que yo te quiera;" y habiéndole dicho semejantes razones le volvía el rostro y se lo dejaba así retirándose á su aposento. Y sucedía quedar el indio tan confuso y castigado con esto, que se iba trasigado con esto, que se iba tras el venerable Padre, llorando y arrodillado á sus pies le pedía perdón y prometía la enmienda; y si perseveraba en su dolor el penitente, lo acariciaba y consolaba, poniéndole la mano en la cabeza. Y ayudando Dios á su fiel siervo, se le lograban estas sus benignidades, de suerte que se veía una admirable mudanza en sus indios. Porque aunque es verdad (como lo saben los que han tratado con esta gente), que no siempre aprovechan con ellos estos medios de blandura, y por la misma razón aconsejó el Apóstol á su discípulo Tito, hablando de los cretenses; increpa illos dure; que por su mal natural los tratase con aspereza y dureza; pero el buen Padre, esta aspereza y penitencia que merecían sus malos hijos, la libraba en las penitencias y oraciones que él mismo hacía por ellos, con que los sujetó y amansó; de manera que andaban muy concertados en acudir á la Doctrina, á la Iglesia y al trabajo y labor de sus tierras para sustentarse, y muy atentos para poner por obra lo que les mandaba su Padre. Decía otro Padre que después entró á doctrinar esta gente, que "había sujetado y rendido el venerable P. Gabriel Díaz estos corazones tan fieros y bárbaros, en premio del ilustre ejemplo de obediencia que él dió, sujetándose con tanto rendimiento en su anciana edad á la disposición de los Superiores, para trabajar en una empresa tan llena de dificultades." Y vengamos ya en particular á tratar de las demás virtudes que resplandecieron en este Ministro evangélico, y que es razón de que queden escritas para consuelo de la Pro-

vincia, que lo tuvo por hijo, y para nuestro ejemplo.

La virtud de la mortificación es la marca de los que de veras siguen á Cristo, como el mismo Señor lo predicó cuando dijo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum et tollat crucem suam*. Abrazóse de tal suerte este siervo de Dios con la cruz y mortificación de su cuerpo, que su abstinencia era grande, y con ser de sesenta y más años, y vivir en una tierra tan falta del sustento ordinario que se da en el refectorio más pobre de cualquier Convento, sin desayunarse jamás, se pasaba con unas pasas ú otra fruta seca, si la tenía, y eso en cantidad corta y con gran templanza. Añadiendo á eso una escudilla de atole de maíz, comida en las Indias de pobres; la bebida que de ellas es tan usada, el chocolate, jamás lo usó, ni aun en sus postreros y ancianos años; y el que era tan riguroso para sí, no lo era para con sus prójimos en esta materia; y en particular con los enfermos y con los indiecitos que criaba, enseñándoles á escribir y leer y canto para servir en la Iglesia.

Y porque el pueblo donde estaba era paso para los que entraban la tierra adentro, y le era forzoso en tierra tan remota el hospedar estos pasajeros, era notable la caridad que con ellos usaba, repartiendo con ellos cuanto tenía; y tanto que habiéndose privado á sí mismo de la bebida del chocolate, para estos lo tenía guardado y de respeto, con que duplicaba su mortificación, teniendo á su mano y su vista lo que podía ser de alivio y sustento, y que es como el vino de esta tierra, y no llegando á sus labios. Una ocasión se ofreció, en que con harta edificación se echó de ver la mortificación grande del P. Gabriel Díaz. Habían dispuesto el Capitán del presidio y justicia mayor de aquel partido, que el siervo de Dios tuviese siempre consigo un soldado de escolta que lo acompañase y amparase en ocasiones que

se ofrecen entre gente nuevamente convertida, y entre la cual suele haber algunos gentiles.

Tenía gran cuidado el caritativo Padre con el regalo y sustento de su escoltero, porque no fuese molesto ni cargoso á los indios, y el mismo Padre cuidaba y ordenaba lo que se le había de dar para su sustento; compungido de ver este cuidado en el que no lo tenía para consigo mismo, viéndolo de tanta edad, flaco y macilento, trató de que aparte le guisasen alguna cosa de regalo para su sustento; súpolo el siervo de Dios, llegó la hora de la mesa y trájose la vianda y regalo preparado; aquí, sonriéndose el Padre y con buen agrado, dijo: bien está, el que mandó hacer los regalos, los comerá; y dispuso las cosas de manera que el soldado comió lo que había preparado para el Padre, y el siervo de Dios se pasó con su ordinaria porción y ración; de manera que se podía decir que todo el año ayunaba.

En lo que toca á la templanza del sueño y reposo, fué rara la penitencia que hacía en aquella soledad de misión. Otro español de los que viven en sus haciendas por aquellos parajes, por devoción que tenía al Padre, por su santidad y ejemplos de religión, por causa de los continuos achaques que padecía, le quiso por algunos días acompañarlo: éste contaba que en el aposento del P. Gabriel

Díaz veía toda la noche luz; quiso saber lo que era, y advirtió que cuando el santo viejo se despedía para irse á acostar y descansar, ponía sobre una mesita su candelabro y Breviario, arrodiliándose sobre dos planchuelas de plomo, y arrimado á la mesa, pasaba toda la noche rezando salmos é himnos, y descansando á ratos sobre su libro, volvía al ejercicio santo de la oración; el sacrosanto Sacrificio de la Misa lo celebraba todos los días con suma devoción; el Oficio divino lo rezaba siempre de rodillas; en su Iglesia hacía largos ratos de oración; todo lo cual causaba tanta reverencia y amor, admiración en aquellos indios bárbaros, que algunos lo miraban como á hombre divino ó celestial. Al paso que este siervo de Dios se adelantaba en los ejercicios de oración y mortificación, ésta causa admiración á todos los que veían que le daba Dios, por medio de los fieles, lo que había menester para el servicio y adorno de la Iglesia, y para edificar casa de competente habitación y traer vestidos los que servían en la Iglesia; y por otra parte, ver en su aposento, en sus alhajas y avío para los caminos frecuentes que en estas misiones se ofrecen, una tan gran pobreza, que causaba admiración; en su sotana, en su ropa, en zapatos y sombrero, decían que parecía San Francisco Javier.

III

De otras virtudes que resplandecieron en el P. Gabriel Díaz, y casos singulares que le sucedieron en ellas.

La virtud de la pureza angélica que reinaba en el P. Gabriel Díaz, además de que resplandecía y se echaba de ver en la compostura del hombre exterior, en la modestia de todas sus acciones y sentidos, pero en lo que dió esa purísima virtud más claras y raras muestras de sí, fué en una ocasión con que el demonio de aque-

llos que por medio de la castidad pretenden ocupar las sillas de los ángeles que cayeron, quiso enredar y rendir á este castísimo siervo de Dios; el caso fué célebre y sabido, y pasó así: encendió llamas de fuego lividinoso la sierpe infernal en el corazón é imaginación de una india del partido y pueblo del P. Gabriel Díaz, la cual

ardía en vivas llamas de malos deseos de hacer presa y manchar su entereza virginal. Andaba como fuera de sí, no comía ni bebía, ni daba sueño á sus ojos, ciegos con la pasión. Y al fin, para salir con su intento, buscó ocasión para entrarse dentro de la casa del Padre y esconderse en el hogar más secreto, donde pudiese verse á solas con él; sucedió así, y viéndose á solas con el siervo de Dios, que iba muy descuidado de la ocasión que le había armado la diabólica india, con acciones y palabras que suele supeditar el demonio, le declaró los deseos que ardían en su corazón. Aquí el siervo de Dios quedó atónito y helado con tan repentino suceso, y confuso del medio de que se había de valer para remediar á aquella miserable alma, que era bien dificultoso en tal ocasión. Porque si con ruido echara aquella india de allí, lo había de causar muy grande en el pueblo, como bien saben los que conocen el genio de esta gente, y aun le levantaban, que él y no la india había sido el agresor de aquel delito. Viéndose, pues, el siervo de Dios en este conflicto, invocando el auxilio de Dios, le comenzó á decir: Hija, no es esto lo que yo les he predicado en la Iglesia, ¿no es verdad que esto es pecado, y eso solo basta para no cometerlo, por cuantas cosas hay en el mundo? ¿No ves esta sotana y ropa de religioso, que no dice bien con lo que tú dices? Acuérdate que he predicado muchas veces que Dios no quiere esto, y al fin ten respeto á mis canas y anciana edad. Todo esto declaraba con harto sentimiento el siervo de Dios á la india en su lengua suya propia, que había aprendido con eminencia. Pero todo era palabras al aire para la que estaba embriagada con el vino de la lujuria; entonces el siervo de Dios y amante de la pureza, viendo la pertinacia de aquella perdida alma, con grande valor y severidad le dijo: "Sábetete que antes escogeré la muerte que cometer este pecado."

Replicó la india con temeraria osadía y desvergüenza: "¿Cómo quieres que crea yo eso? No lo creeré hasta verlo." Aquí, esforzándose el ministro santo, y como se debe creer, con impulso del cielo, le dijo: "Aguarda, verás la prueba de lo que te he dicho." Y diciendo y haciendo sacó el cuchillo de un estuche que tenía; y ya que no le era lícito quitarse la vida, pero con sus mismas manos se dió tal herida en una pantorrilla, atravesando el cuchillo de parte á parte, que comenzó á correr gran copia de sangre de la herida, quedándose casi desmayado el santo P. Gabriel Díaz, pero victorioso del lazo y lance que el demonio le había armado; porque atónita del caso la india, salió confesando su pecado.

Audieron algunos de sus feligreses al ruido, y hallaron al Padre con el susto y herida desmayado; pero quiso Nuestro Señor favorecer la heroica acción de su siervo, con que al día siguiente apenas le quedaba señal de la herida que se había inferido en defensa de la honra de Dios y de la castidad digna de un ministro suyo.

A este paso corrían las demás heroicas virtudes de este santo varón. Su religiosa y perfecta obediencia no ha menester otra prueba que la que con la obra dió, cuando siendo de la edad que era, y habiendo aprendido la lengua tarasca, trabajando entre indios tantos y ayudando en otros ministerios á españoles, como si entonces comenzara de nuevo y como ordenándole los Superiores ó Dios que los gobernaba, que olvidara todo lo pasado (como lo hacía San Pablo), le mandaron que entrase á doctrinar una gente bárbara, aprendiese su lengua (empresa de tanta dificultad), la cual aceptó sin género de repugnancia, ni la más mínima demostración de menos rendimiento en obedecer, resignándose todo en las manos de la obediencia, que son las de Dios. Y el que era tan obediente en cosas

humildes, en lo que parece que no se podía vencer la grande humildad de este siervo de Dios, era en aceptar cargo de gobierno y superioridad. Después de su dichosa muerte se hallaron entre sus papeles dos ó tres patentes en que nuestro P. General lo señalaba por Rector de algunos Colegios en la Provincia; pero al humilde Padre no le faltaron medios para excusarse de cargos honrosos y de autoridad.

Y era dicho suyo hablando con los conocidos: "Darne oficio ni mando, no lo intenten, por Dios, mis Superiores; pero si quieren que vaya á otra nueva misión, no abrirán tan presto la boca en significármelo, cuanto seré pronto en obedecerles." A esta obediencia del Padre Gabriel Díaz, acompañado de su grande humildad, se le juntó una caridad y compasión de pobres maravillosa, acudiendo á sus hijos y feligreses con una exactísima puntualidad en todos sus menesteres, especialmente en los del alma y ministerios de su salvación. Y no sólo á los indios, sino también á los españoles de la comarca, que tenían necesidad de su ayuda. Materia en que le sucedieron casos maravillosos, y en que se mostraba lo mucho que se servía de este su fiel siervo y Ministro de Dios N. Señor, y dejando otros, contaremos uno que fué muy célebre: Pasaba un español de México para las minas ricas del Parral en tiempo que corría la fama de su prosperidad, y codicioso pasaba á ver si podía tener parte en ella; pero lleváballo Dios para resucitarle el alma á la vida de la gracia. Porque este hombre había muchos años que arrastrado de sus vicios y pecados, había cometido algunos tan feos y abominables que no había tenido ánimo para descubrirlos al confesor, con que las confesiones que hacía eran inválidas y las comuniones sacrilegas, y su alma estaba hecha una madriguera de infernales serpientes. Yendo, pues, caminando para el Parral, perdió el camino que

había de llevar, y llegó á un paraje que llaman de los charcos, donde entre unos cerros y aquella soledad, oyó una voz tan tremenda que hiciera impresión en un bronce y por otra parte, nacida de divina piedad que le decía: "¿A dónde vas, desdichado? vete á donde el P. Gabriel Díaz está." No estaba su casa muy lejos de donde sonaba la voz. El pobre pecador, ni conocía al Padre Gabriel Díaz, ni veía quién le hablaba, y despavorido, y como fuera de sí, recobrándose un poco, volvió á caminar unos pasos y por tres veces volvió á oír las mismas voces en la misma forma que había resonado la primera vez. Aquí el atemorizado pecador, casi fuera de sí, soltando la rienda á la cabalgadura y metiéndole espuela, comenzó á huir sin saber á dónde había de parar. Pero Nuestro Señor, que parece que todavía desde el cielo buscaba las ovejas perdidas, llevó á parar á ésta á un pueblo de españoles, llamado el Valle de San Bartolomé. Aquí preguntó quién era el P. Gabriel Díaz, quién lo conocía y cuál era el pueblo donde vivía? Respondiéronle que había pasado por cerca de él, y que ya lo había dejado 10 leguas atrás. Descansó un rato del susto con que había caminado, y volviendo á caminar, fué en busca del Padre, á quien ya Nuestro Señor parece había dado noticia del pecador que le traía á sus pies para que lo remediará. Fuese derecho á la casa del Padre, que ya estaba aguardándolo á su puerta, y con rostro risueño, luego que se apeó, le echó los brazos encima, y llamándolo por su nombre le dijo: "Venga Ud. conmigo, señor fulano, que aguardándolo estaba." Quedó con esto más atónito el español, cuando se oyó nombrar por su nombre; y conociendo en el semblante venerable del Padre y sus palabras lo mucho que tenía Dios depositado en el alma de este su siervo, determinó con veras descubrirle todo su corazón y su pecho. Recibióle dentro de su ca-

sa, y regalándole todo cuanto tenía, comenzó á trabar plática con el huésped, y al descuido le dijo alguna cosa que sólo Dios y él mismo pensaba que las sabían, con lo cual quedó como fuera de sí, arrojándose á los pies del Padre que le parecía que tenía espíritu de profecía. Consolólo el varón de Dios, diciéndole que el remedio de todo su mal estaba en hacer una buena confesión, y que para ésta era menester tiempo; que no le diese cuidado cosa de esta vida, que él se encargaba de cuanto hubiese menester aquellos días, y dejólo acomodado en un aposento, diciéndole que el día siguiente comenzaría su confesión. Hacíansele los instantes siglos para llegar á los pies del que había de remediar su alma; oyóle el P. Gabriel Díaz con benignidad y clemencia por espacio de cinco días enteros, los pecados y culpas de aquella oveja perdida ganada ya para Dios. Y bien se echaba de ver en sus gemidos y lágrimas, que eran en tanta abundancia, que apenas podía afirmar las palabras y á ratos era menester que el Padre le confortase, trayéndole á la memoria la infinita misericordia de Dios. Y bien la mostró en este caso la divina bondad, pues por caminos tan maravillosos trajo á los pies de un Padre tan benigno y caritativo, como siempre fué el P. Gabriel Díaz á este pobre y miserable pecador, que quedó consolado y encaminado por la senda segura de su salvación. No era este ministro del Señor del espíritu de aquellos confesores que se cansan de oír y remediar pecadores llenos de llagas encanecidas y almas cubiertas de la lepra de culpas, antes á esas procuraba curar con más benignidad, y por ver-

lo tan compasivo se las traían para que las curase. Cristo Nuestro Señor, en semejantes casos maravillosamente le solía favorecer, como en el caso que se sigue se conocerá.

Contaba un español que se halló en compañía del Padre y fué testigo del caso; que llegaron una noche á la puerta del Padre unos indios á gran prisa para confesar un enfermo que estaba en su milpa, lejos de allí, y muy apretado de la enfermedad. Despachó luego el Padre á toda prisa por su mula al campo, para ir á socorrer. El mozo, por flojedad ó por volver más presto, sin reparar echó mano de la primera bestia que topó, que siendo un macho cerrero y furioso se dejó coger; lleváronle al patio de la casa del Padre, donde con gran mansedumbre se dejó ensillar y enfrenar; el Padre, con la obscuridad de la noche ó con el cuidado de acudir presto á su enfermo, no lo reparó; subió en él, caminó con mucho descanso, confesó al enfermo y volvió á su casa con toda seguridad; pero en habiéndose apeado el Padre, al quererlo desenfrenar y quitar la silla, el que se había mostrado tan manso, haciendo de las suyas, se enfureció de manera que seis hombres, y uno de ellos vaquero, no lo podían sujetar; y dando bufidos, arremetía á saltar las tapias de la cerca, sin dar lugar, con corvos y coes, á que le pudiesen quitar la silla ni desenfrenar; los que se hallaron presentes juzgaron el caso por milagroso, y que un macho cerrero y tan bruto se hubiese mostrado como una mansa oveja, para llevar y traer al Santo Padre, á quien Dios quería favorecer y guardar.

IV.

Padece una grave persecución este siervo de Dios.—Su dichosa muerte.

Y porque no faltara á este varón apostólico aquel ejercicio de virtudes que á los tales anunció cristo cuando dijo: **Si me perse-**

cuti sunt et vos persecuentur, escribiremos aquí una harto grave persecución que padeció este siervo de Dios, con notable ejemplo de paciencia. El partido y pueblos que el Padre doctrinaba, caía en esa gobernación de la nueva Vizcaya, de las Indias, donde en este tiempo se movieron grandes diferencias de muy pesados pleitos en materias de jurisdicción, en Provincia que en grado de apelación está sujeta á la Real Audiencia de Guadalajara, llegaron á muy graves encuentros estas diferencias; las personas que en ellas entraban eran muchas y muy poderosas. El P. Gabriel Díaz, que se hallaba cerca de este incendio, procuraba cuanto era de su parte apagarlo, con caridad cristiana de religioso Santo que era. Pero lo que sucedió fué lo que á los que quieren meter paz entre aquellos que furiosamente pelean: que salen con las manos en la cabeza; bien las cargan los golpes de su indignación y cólera.

Así le sucedió á este siervo de Dios, que lastimado de ver tantos alborotos y ruinas, y deseando atajar este incendio, hablando con caridad cristiana á unos y otros, los procuraba componer, teniéndolos en su corazón á todos. Pero lo que resultó de aquí fué que volviéndose contra el santo varón la parcialidad de algunos apasionados y desenfrenados en la lengua, no perdonaron á injuriosas palabras, llamándole apasionado, hipócrita, tirano de indios, al que era su querido Padre, que los amparaba; no parando sus desdoras, quejas y querellas hasta llevarlos á tribunales seculares, y al de su Superior mayor, escribiendo contra él muchas cartas al P. Provincial; pero el Superior amparó su inocencia y su religión y santidad conocida de todos. El siervo de Dios, cargado de testimonios, acusaciones y afrenta, armándose con el escudo de la caridad y paciencia, dejó esta causa en las manos de Dios, remitiendo la defensa de ella á su Soberano Tribunal. Y sucedió así, porque

estando el P. Gabriel Díaz muy al cabo de la enfermedad de que murió en el pueblo de su doctrina (como después diremos) y sabiendo uno de los principales autores y promotores de su persecución, estimulado de su conciencia le vino á ver y á pedirle perdón de lo pasado, de lo cual, avisándole otro Padre que le asistía, solamente le respondió estas palabras: *est Deus qui indicet*. Y sin hablar más palabra expiró muy en breve este santo varón. Lo que quiso dar á entender, fué que aquella causa desde el principio sin defenderse en ella, la había puesto en las manos de Dios, y que ya no era más parte en ella; que á su Majestad tocaba el juzgarla. Lo que pasó en este juicio de Dios, no se supo; pero sí que este hombre, estando muy entretenido en pleitos, murió arrebatadamente y con poca prevención para ella. No así la muerte del P. Gabriel Díaz, que habiendo vivido en la Compañía de Jesús con grande ejemplo de religión, padeciendo grandes trabajos en ayuda de la salvación de las almas, finalmente quiso Nuestro Señor que llegara el tiempo de premiar en la bienaventuranza tan grandes ejemplos de toda virtud. En sus postreros años andaba este apostólico varón con achaques continuos, causados de su vejez y ancianidad, y sobre esto, el rigor grande con que se trataba, sin cuidar de alivio ni regalo propio; crecieron de manera esos achaques, que le derribaron en una cama; y sospechando que ya el remate de su vida se le acercaba, envió avisar al P. Misionero más cercano, el cual luego le vino á asistir, servir y consolar á este siervo muy querido de Cristo, y habiéndole ayudado con todos los medios que la Iglesia santa dispone para aquel trance, dió su espíritu al Señor en el mismo pueblo de su feligresía, y apacentando las ovejas que Dios le había encomendado; las cuales con sus lágrimas y gemidos, mostraron bien el sentimiento grande de la pérdida de tal Padre; y este amor y es-

timación les quedó de tal suerte arraigado, que queriendo después los españoles de un Real de minas (llamado Indehé) trasladar á su Iglesia el cuerpo de un tan santo apostólico varón como el P. Gabriel Díaz, y tener en ella los despojos de un alma que gozaba de Dios en la eterna gloria, y habiendo dispuesto para esta traslación el aparato de cera y acompañamiento que su cristiano celo y magnificencia de mineros le dictaba; entendiéndolo los indios, aunque bárbaros y conociendo el bien que se les podía seguir de tener el cuerpo de su santo Padre en su pueblo é Iglesia, tomaron las armas de sus arcsos y flechas, y cercando la Iglesia se pusieron en su defensa, cerrándoles el paso á los españoles; ellos, por ex-

cusar ruidos en tierra nueva no prosiguieron en su intento; y algunos atribuían esto á que el santo Padre amaba tanto á sus indios, que aun en la muerte no había que rido desampararlos.

El P. Misionero que tuvo por vecino de su misión y trató muy próximo al P. Gabriel Díaz y le asistió á su muerte, escribiendo de ella, afirma haber sido el santo varón un espejo de apostólicos misioneros, desengañado de todo lo que es estimación propia; y que su vida fué raro ejemplo de virtud; de que se puede gloriar nuestra provincia de haber tal hijo y soldado tan insigne de su escuadra. Pasó de esta vida mortal á la eterna el venerable Padre, el año de 1648, y siendo de edad de 70 años poco más ó menos.

Conversión de los tarahumaras septentrionales.—Entran los PP. Jerónimo Figueroa á Chihuahua y José Pascual Valenciano á San Miguel de las Bocas.—Cristiano ejemplo de respeto á los sacerdotes del Gobernador D. Francisco Bravo de la Serna.—Triunfos y calamidades de los convertidos

AÑO 1639.

Poco ha vimos como á instancias de los tarahumaras entraron por los años de 1630, el P. Juan de Heredia, y el P. Gabriel Díaz, reduciéndose muchas familias al pueblo que entonces se formó, de San Miguel de las Bocas. Los demás tarahumaras, cuyas tierras avanzaron mucho hacia el Norte y vienen, como dijimos, á confinar con la provincia de Sonora, se aficionaban más cada día á la vida quieta y tranquila de los ya doctrinados.

Por otra parte, con la población del real de San José del Parral, al cultivo de cuyas minas se dió principios por los años de 1631, ofrecía mayor comodidad para el asiento de estas misiones y seguridad de sus ministros. Solicitaron, pues, un español de aquel real que les escribiese una carta y la trajese á México al P. Andrés Pérez de Rivas.

No podían los tarahumaras desear que gobernase sujeto más á propósito para conseguirlo. El Padre que había empleado gustosamente los años de su juventud en el servicio de los indios, y que sabía apreciar cuanto es justo este ministerio importantísimo, destinó luego, para tarahumara á los PP. Gerónimo de Figueroa que antes estaba en Tepehuanes y al P. José Pascual Valenciano que concluía entonces sus estudios. Llegaron al Parral por Junio de 1639. El Gobernador Don Francisco Bravo de la Serna, que se hallaba en aquel Real, mandó venir allí los caciques de los tarahumaras, y teniendo los presentes les encargó mucho el cuidado y veneración debida á los misioneros y ministros del Altísimo, cuyas manos besó, hincado de rodillas, para darles ejemplo. El P. Gerónimo de Figueroa penetró hasta el real de San

Felipe, hoy Chihuahua. El P. José Pascual quedó en San Miguel de las Bocas para aprender el idioma. Este partido doctrinaba, como dijimos, el Padre Gabriel Díaz, de quien habla así el padre Gaspar de Contreras, visitador de la provincia de Tepehuanes y Tarahumara, escribiendo al padre provincial á principios de este mismo año. "Verdaderamente, dice, no sé de qué vino más admirado, si de una ansia de ganar almas á Cristo, si de su humildad de sujetarse á cosas de niño un venerable anciano, si de su paciencia en tolerar impertinencias y bobberías de gente salvaje, si de su caridad en socorrer á pobres y pasajeros, si del retiro de su oración y ejercicios espirituales, si del esmero y cuidado en el culto divino. Finalmente, allí ví á Pablo Apóstol en la vida activa, y á Pablo Ermitaño en la contemplativa. Este fervoroso misionero aumentaba cada día su rebaño con el socorro de un cacique principal, á quien puso por nombre Nicolás, y á quien destinó Dios para Apóstol de su nación. Este, como ocho meses antes había bajado con más de sesenta personas de sus hijos y parientes, á pedir el bautismo.

Conseguido después de muchas pruebas, fué un medio eficazísimo y un fidelísimo coadjutor del Padre Gabriel Díaz en la labor de aquella viña. Los tarahumaras recibían con hambre tan piadosa la palabra divina, que dentro de dos meses tuvo el P. Figueroa dispuesto para el bautismo un gran número de adultos. Señalóse para es-

ta gloriosa función el día 15 de Agosto. Apenas se había dado principio, cuando una negra nube, casi repentinamente, ofuscó el cielo. Los truenos eran incesantes y cuasi continuos los rayos. El padre conoció la turbación é inquietud que esto causaba en los ánimos de sus catecúmenos. Los animó, diciéndoles que el común enemigo mostraba así inútilmente el sentimiento y rabia de verlos salir de la obscuridad á la admirable luz de la fé santa, que á la Iglesia de Jesucristo no le faltaban armas para ponerlos en fuga. Diciendo esto comenzó á rezar en alta voz los exorcismos, y con ellos á disiparse la nube y restituirse la serenidad al día. No fué este el único modo que el demonio intentó combatir, y con que quiso Dios probar la fé de aquellos nuevos cristianos. El día 28 de Septiembre, á fuerza de una copiosa lluvia, creció extraordinariamente un río vecino. Lo que causó más horror fué un animal de grandeza y figura hasta entonces nunca vista en el país, que llevado por la corriente bramaba con espanto y consternación de todo el pueblo y de los Padres mismos, que fueron testigos del suceso. A este terrible azote siguió el hambre, por haber barrido el furioso río con todas las siembras.

Los padres, como ordinariamente acontece en las nuevas conversiones tuvieron el trabajo de buscarles alimentos, para que oprimidos por la calamidad, no desfalleciesen en la fé.

Primeros Misioneros de los Chínipas.—Martirio glorioso de los PP. Julio Pascual y Manuel Martínez.—Martirio de algunos indios.—Castigo de los rebeldes.

AÑO 1632.

Entró, como dijimos, en 1600, el primer jesuita P. Pedro Méndez, á los indios Chínipa, sin otro fruto que reconocer el terreno.

En 1621 entró y en 1628 se domó el P. Castini en Chínipa,

siendo propiamente el primer Misionero de esa tribu.

En 1629 sucedió el P. Julio Pascual al P. Castini. Tras el martirio del P. Pascual entró en Chínipa el P. José Collantes.

Habiendo dicho lo más saliente de la vida del P. Castini, diremos de los hechos del P. Pascual y del P. Collantes.

El P. Pedro Juan Castini, que había conquistado la nación Chinipa y reducida casi enteramente al gremio de la Iglesia, después de haber estado la mayor parte del año (1628) con sus nuevos hijos, le fué forzoso dar la vuelta á los Sinaloas y Huites. Los Chinipa, pues, y demás naciones vecinas cupieron en suerte dichosísima al P. Julio Pascual, que á fines de aquel año llegó de México.

Tantas naciones de temeris, aibinos, sisbotaris, batucas, chfnipas, nebomes y guazaparis como se habían agregado en los años próximos al redil de la Iglesia, sin la mayor contradicción, eran para los hombres apostólicos bastante motivo de temor, sabiendo que no se fundan sólidamente las nuevas iglesias, sino sobre los sudores y la sangre de sus ministros. Efectivamente, se formaba ya una tempestad para venir á descargar sobre las cabezas de algunos de los misioneros. El cacique Comabeay, que había tan instantemente pretendido el bautismo y exhortado á los demás de su nación Guazapari á imitar un ejemplo tan glorioso, poco después vuelto á su natural fiereza, había comenzado á sembrar palabras sediciosas contra el P. Julio Pascual. El buen P. procuró, con beneficios y con dádivas, vencer la dureza de aquel rebelde apóstata que, ó cedió ó disimuló algún tiempo hasta haber fortificado su partido. No tardó mucho en conseguirlo, y á fines del año antecedente, se declaró abiertamente en sus nocturnas asambleas sobre el asunto, de dar la muerte al P. Julio.

Avisado de estos perversos designios y no tomando para su defensa algunas precauciones, los fieles **Chinipas** dieron noticia al capitán, que al punto mandó el Padre seis soldados de escolta. La presencia de éstos contuvo por algún tiempo á los partidarios del

mal cacique. Hicieron al Misionero tantas promesas y parecieron entrar en su deber con tal fervor, que el hombre de Dios, persuadido á que no había habido fundamento para tanto temor y que habían sido sospechas nacidas del grande amor que le tenían sus fieles **Chinipas**, volvió á la Villa los soldados.

Entre tanto el pérfido Comabeay, con la alianza de los **Vorahios** había fortificado su partido de **Guazaparis** malecontentos. Enviaron los de Vorahio á llamar al Padre para administrar la Extrema Unción á un enfermo, creyendo que con esta ocasión se detuviese algunos días en su pueblo. No había aun llegado la hora de Dios, ni era aquella sola la víctima que debía ofrecerle su vida por la salud de los bárbaros.

El P. Julio. luego que ungió y consoló al enfermo, dió la vuelta á los **Chinipas**, donde debía llegar muy en breve el **P. Manuel Martínez**, destinado para partir con él los trabajos de aquella nueva viña. Llegó en efecto el 23 de Enero y luego al 25 partieron juntos al pueblo de Vorahio. Cuatro días después tuvieron la noticia de los malos designios de los **Guazaparis**, y como á un catequista que el P. Castini había dejado entre ellos casado con india guazapari, habían dado cruel muerte. Se confirmó más la noticia el día siguiente, cuya noche tenían determinada para la ejecución de sus perversos intentos.

Juzgó el P. Julio Pascual que debía prevenir aquellos bárbaros y llamó en su ayuda á los fieles **Chinipas**. Hallábanse pocos de ellos en el pueblo, cuando les llegó tan funesta noticia; pero sin embargo tomaron luego las armas y corrieron á la defensa de su pastor. Los **Guazaparis** que entraron en sospecha de que venían contra ellos los **Chinipas**, se juntaron con los **Vorahios** y con algunas otras naciones de gentiles, en tanto número, que los obligaron á retirarse. Libres de aquel miedo el apóstata Comabeay y sus

aliados, antes de esclarecer el día, pusieron fuego á la casa en que dormían los padres, y juntamente á la iglesia para dar á conocer el motivo de su aborrecimiento y su crueldad. Los PP. después de haberse mutuamente confesado y preparado á la muerte, hicieron lo mismo con algunos indios oficiales que habían traído, y otros indiezuelos cantores para el servicio de la iglesia, y el P. Julio salió á hablarles con heroico valor. Su presencia y sus razones parecieron hacer algún efecto, y sea por esto ó por alguna otra razón, pasó todo el sábado 31 y la noche sin que los guazaparis intentasen alguna otra novedad, aunque en todo este tiempo no cesaron de oír los Padres injurias é improperios que mostraban bien cuánto tenían que temer del atrevimiento y furor de aquellos bárbaros.

A la mañana asaltaron los bárbaros la casa con grande alarido y tropel, quebraron las puertas los unos, otros asaltaron por las tapias y comenzaron á dispararles una lluvia de flechas. Una atravesó al P. Julio Pascual por el estómago. Herido como estaba, siguió al P. Manuel Martínez, que salió fuera del umbral diciendo: **“No muramos como tristes y cobardes; demos la vida por Jesucristo y su Santa Ley.”** No acabó de pronunciar estas palabras sin que una flecha le cosiese el brazo con el cuerpo. Hincáronse luego de rodillas y erizado todo el cuerpo de flechas, consumaron felizmente el curso de su vida el día **10. de Febrero de 1632.**

Los cadáveres casi palpitantes aún y revolcándose en su sangre, arrastraron furiosos y encarnizados hasta poner las cabezas sobre una viga, donde con machetes, con hachas, con piedras, con macanas, se las dejaron quebrantadas y sin figura de humanos semblantes. Fué muy digno de notar que los bárbaros no cortasen las cabezas para bailar con ellas, en aplauso y celebración de su victoria. Gran parte pudo tener en esto la fidelidad y el valor de un

indio llamado Crisanto Sunemeay, que no pudiendo ya impedir la muerte de los Padres, escondido tras un pilar de la casa, se quedó hasta el domingo en la noche en guarda de aquellos venerables despojos, apartando de allí con flechas unos 4 ó 5 que vio llegar, con ánimo de ultrajarlos.

Los fieles Chínipas, entendiéndola la muerte de los Padres, y que los apóstatas habían desamparado el pueblo de los Vorahios, para ir á quemar la iglesia de los guazaparis, sacaron los cadáveres, y con mucha veneración y dolor les dieron sepultura en su iglesia (de Chínipa) de donde poco después los trasladó el P. Marcos Gómez á su partido é iglesia de Comicary, juntándose todos los Misioneros á sus honras el 14 del mismo Febrero.

Juntamente con los Padres, dieron sus vidas por la constancia en la fe y abominación de la sacrilega impiedad seis muchachos cantores y algunos indios de los que habían traído consigo, que fueron nueve, y solo se supo haberse salvado Crisanto Sunemeay. De los niños fuera de los seis muertos, había otros dos, que ocultos debajo de una mesa uno, y otro en una alacena, tuvieron lugar de huir de entre las garras de aquellas fieras, reservándolos Dios para testigos de las circunstancias de esta acción.

Los Chínipas pasaron luego la noticia al capitán Don Pedro Tereza, y al Superior de la Misión, pidiendo que se les enviase otro Padre; pero estando allí continuamente expuesto el ministro y ellos á los insultos de los Guazaparis y Vorahios que habían jurado su pérdida, fué preciso incorporarlos con los pueblos de los Sinaloas (1). padeciendo ellos este doloroso

(1) Esto es, quedaron agregados estos Chínipas y los que se sujetaron de los Guazaparis y Vorahios, que hoy llaman Vorahios ó Uuarrijos, á la Misión de Sinaloa, los cuales fueron el fun-

so destierro de su patria y la desolación de sus casas é iglesia, que era de las más lúcidas, por conservar la fe y la religión que profesaban.

Tomáronlos á su cuidado el P. Francisco Torices con otro compañero. El capitán D. Pedro Perea por su parte se encargó del castigo de los rebeldes. Refugiados estos á sus picachos y quebradas profundas, estaban á cubierto de las armas españolas, y se habían burlado impunemente del capitán y de su tropa. En esta atención habían llegado en su compañía algunos indios amigos á quienes confió el alcance. Estos, aunque cristianos, no olvidados de su antigua fiereza en el derecho que les daba una causa de guerra tan justa, se lo creyeron todo permitido, y la venganza pasó mucho más adelante de lo que permitía la cristiana moderación. Murieron de los alzados cerca de 800 personas de Vorahtos y Guazaparis. Los restantes que serían 400, por diligencia del P. Torices, se redujeron á los pueblos de los Sinaloas, fuera de unos pocos que se quedaron viviendo como fieras en los montes. ó se agregaron á algunos otros pueblos de gentiles.

Documento de la Provincia de Chinipas, que tenía pueblos parte en Sinaloa y parte en Tarahumara. Fueron Guazaparis, Santa Ana, Yecora, Moris, Babouruco, Santa Inés, Seró-gahú (monte del enemigo ó Cerocáhui) tubáres. Satebó, (saté-zabó (monte de arena), Baburigame, Nabogame y San Andrés.

Por espacio de doce años se ocupó el P. José Colantes en las misiones, en la reducción y conversión de los Chinipas. Entró el Padre á esta nación en circunstancias bastante críticas y en que hubiera desmayado cualquier espíritu menos fervoroso. Halló que muchas muchas iglesias, asistidas las más rancherías, huidos los indios y fresca aún la sangre de sus antecesores los Padres Julio Pascual y Manuel Martínez. La dureza y la constancia del Misionero, atrajo de nuevo á los indios atemorizados, aunque por la mayor parte inocentes. Restableció los pueblos é iglesias, y casi formó de nuevo aquella cristiandad.

Llamado después á la Provincia, aunque por su humildad que le hacía creerse inepto para los demás ministerios, se ofreció á leer perpetuamente la ínfima clase de gramática, lo destinó á obediencia á la Casa Profesa de México, donde en 19 años que sobrevivió, dejó singulares ejemplos de religiosas virtudes y de una incansable aplicación al ministerio de las cárceles. Su caridad para con aquella gente infeliz le sugirió arbitrios para introducir el agua de que á veces padecían extrema necesidad en la cárcel de corte. No fué menos admirable su constancia en el catequismo y explicación de la Doctrina Cristiana todos los domingos del año en la Plaza y barrios de la ciudad de México, en cuya Casa Profesa murió con singular opinión de virtud el día 15 de Octubre de 1663. Fué el P. José Colante natural de León de Castilla.

Primeros Misioneros de San Felipe de Chihuahua.—P. Jerónimo de Figueroa.—Caso portentoso.—P. Francisco Valdés.—Fundación de Chihuahua.—Significación de la voz.

Chihuahua.

AÑO 1639.

Como dijimos, dispuso el P. Jerónimo de Figueroa que los primeros bautizos de adultos de Chihuahua fueran el 15 de Agosto de 1639.

De la fidelidad que á los españoles guardaron los indios ya cristianizados de la villa de San Felipe de Chihuahua, se dirá al tratar de las sublevaciones de los Pa-

pagóchis. Por ese tiempo que era por los años de 1652 ya el P. Jerónimo de Figueroa había pasado á la Misión de San Pablo.

Por los años de 1666 aparece el P. Figueroa como Superior de las Misiones de la Tarahumara, sin dejar por eso su Misión.

A principios de 1666 prendió en aquellos pueblos una epidemia, aunque no mortal, pero que al principio ignorada la naturaleza del mal, puso en consternación á aquellas pobres gentes, y dió mucho trabajo á sus ministros. El mayor de todos era ver la resistencia que hacían algunos de los enfermos al Sacramento de la Penitencia y Extrema-Unión, reliquias que habían quedado en sus ánimos de la pasada apostasía (la de los Papigóchis). Los misioneros procuraban con todas sus fuerzas disuadirlos de una opinión tan perniciosa; pero apenas podían conseguirlo de algunos pocos. Aconteció, que uno de los pocos que murieron, y que más rebeldes se habían mostrado á las exhortaciones del Padre en no recibir los últimos Sacramentos, acabase finalmente sin ellos. Desde aquel mismo tiempo en que expiró, se vió un caballo feroz dando saltos continuos y carreras alrededor de su choza y continuó por muchos días, haciendo lo mismo sobre el lugar de su sepultura, con tanto asombro de todos los indios, que luego fueron á dar aviso al Misionero, y pedirle de parte de todos los enfermos que viniese á confesarlos.

Vino prontamente, y los vecinos atónitos le llevaron á enseñarle las huellas del caballo, que decían haber visto, y que por muchos días quedaron estampadas sobre el sepulcro, según dejó escrito el P. Gerónimo de Figueroa, Superior de aquellas Misiones.

Al P. Figueroa sucedió en la Misión de San Felipe de Chihuahua el P. Francisco Valdés, quien estando aquí de Misionero, asistió

á la memorable junta que se celebró en 1673 en el día de San Gerónimo en el pueblo de Huexotitlán, compuesta de los hombres más indignos que entonces había en el actual Estado de Chihuahua, que entonces se llamaba Misiones de Tarahumara. Pero de esto se dirá con el favor de Dios, más adelante.

No se fundó, pues, Chihuahua en 1708, sino en 15 de Agosto de 1639, si bien antes de esta fecha ya habían pedido los indios de Chihuahua Padre Misionero, como vimos y parece que ya habían recibido la suficiente instrucción para el bautismo.

No hay que ir al Mexicano, como alguien ha hecho, para encontrar una exótica significación de la voz Chihuahua, estrujando duramente la lingüística en dicha voz que en tarahumara dice saco ó talega en abstracto, mediante la partícula *hua* final i. e. la saquería. El sustantivo raíz, como lo llamamos en tarahumara, es *chihuá* ó con enclítica *chihuáca*; y el sustantivo derivado abstracto *chihuáhua*. Hubo este lugar el nombre de *Chihuahua* ó *saquería* por una casa de un indio donde almacenaban los sacos de las materias minerales que traían de las vecinas minas para beneficiarlas en las orillas del *Chubisícar*. A este río por corrupción los españoles llamaron *Chuvísicar*, contra toda regla de pronunciación tarahumárica. A lo que los españoles les llamaban el Real de San Felipe, los indios bautizaron con el nombre de *Chihuahua* en su lengua, pues uno era el dicho Real y otro el Realit ó Santa Eulalia.

Corren otras muchas ideas erróneas sobre la erección de la Catedral, que no fué al mismo tiempo que la iglesia de Santa Eulalia, sobre la erección de las casas religiosas sobre el perímetro de la ciudad y sobre otros puntos importantes é históricos de que se dirá á su tiempo.

PRINCIPIO DE LA INQUIETUD DE LOS TARAHUMARAS

Atacan el pueblo de S. Borja.—Fidelidad de los tarahumaras de Chihuahua

AÑO 1648.

Este terreno de la Tarahumara, ingrato al sudor de los operarios, no producía por estos años sino abrojos y espinas que por poco llegaban á sofocar enteramente la semilla de la divina palabra. Desde la mitad del año de 1648, cuatro de los principales caciques habían comenzado á amotinar los pueblos. Llámanse Sopigiori, Tepox, Ochavari y D. Bartolomé. Noticiosos los Padres de las pláticas sediciosas de estos foragidos, pasaron aviso al Gobernador de la Vizcaya que aún era Don Luis Valdés. La diligencia de este caballero, si no impidió del todo la conspiración á lo menos con la muerte del cacique de San Pablo, tepehuán de nación, estorbó que á los tarahumaras se agregase el socorro de una gente ladina, industriosa, aguerrida y abundante de todo lo necesario para mantenerse largo tiempo en campaña. Perdida la esperanza de este auxilio, los tarahumaras comenzaron á obrar por sí solos. El primer golpe cayó sobre el pueblo de **S. Francisco de Borja**, lugar que por la abundancia de pastos y fertilidad de sus tierras era el granero de donde sacaban los misioneros el necesario sustento. Cinco españoles y algunos indios que se habían enviado á defender este puesto, murieron á manos de los bárbaros que los cercaron y pusieron fuego á las casas donde se habían retirado. A los tarahumaras de **S. Felipe de Chihuahua**, que habían también ocurrido á la defensa, no hicieron daño alguno, queriendo tenerlos

gratos para hacerlos entrar en su partido. El Capitán Juan Fernández de Carrión, justicia mayor del Parral, con la poca gente que pudo juntar de mercaderes y vecinos de los pueblos, entró algunas leguas en busca de agresores, esta especie de aventureros no era muy propia para una expedición arriesgada y que pedía algún tiempo. Así después de algunas ligeras escaramuzas con algunas cuadrillas desbandadas sin haber podido encontrarse con el grueso de los enemigos, hubo de volverse al Parral, donde á cada uno lo llamaban sus negocios domésticos. Informado el Gobernador de Nueva Vizcaya, hizo entrar en la tierra de los alzados al Capitán Juan de Barrasa, á cuyo cargo estaba el presidio de **Cerrogordo**, hombre de mucho valor y de una grande experiencia en guerras de este género. Dos eclesiásticos que creían tener para con los indios mayor autoridad de la que efectivamente tenían, pidieron licencia al mismo Gobernador para entrar con el Capitán Barrasa. A pocos días de marcha no sólo pretendían tener parte en todos los Consejos, sino que á su arbitrio despachaban tropas de indios amigos, tomaban puestos, disponían las jornadas y causaban en el ejército una división siempre perniciosas. El gobernador instruido de lo que pasaba, mandó retirar del campo á aquellos dos eclesiásticos y en su lugar quiso que fuese el Padre Vigilio Maez, ministro de Satebó:

Castiga el Gobernador á los alzados de Papigochi.—Fúndase la Villa de Aguilar.

AÑO 1649.

Con este nuevo orden marchó á largas jornadas hacia el Valle del Aguila, donde se sabía haberse a-

cogido los alzados. Por muchos días no se pudo llegar á las manos, hasta que habiendo enviado

al Capitán Diego del Castillo á reconocer el campo de los enemigos, encontró éste con una tropa de ellos, de los que hirió á muchos y mató algunos. Conocido por medio de algunos prisioneros el número de los contrarios y los ventajosos puestos que ocupaban, determinó el Capitán Barrasa dar aviso al Gobernador de la Vizcaya, que ya era entonces D. Diego Fajardo, pidiéndole, juntamente, víveres y algún mayor número de soldados. El nuevo Gobernador, recibida esta noticia, marchó en persona al Parral, de donde al frente de trescientos sesenta hombres entre españoles é indios amigos, partió á juntarse con el del Capitán Barrasa, como lo ejecutó el 18 de Enero de 1649, con extraordinaria diligencia. Logró Su Señoría que atemorizados los indios con varios acontecimientos felices y con muchas partidas de españoles que por todas partes los seguían, quemadas más de trescientas poblaciones pequeñas y taladas sus sementeras y muertos ó prisioneros muchos de los suyos, viniesen rendidos á sometersele y á pedirle la paz. Se les concedió con la condición de que habían de entregar á los cuatro caciques autores de la sedición. El principal agente de esta negociación que fué un cacique llamado Don Pablo, partió en busca de los alzados, y juntos luego muchos de los suyos,

volvió al campo con la cabeza de Don Bartolomé, y con la presa de sus hijos y mujer. La misma fortuna corrió poco después el cacique Tepox, que cayó en manos de una tropa de fieles tarahumaras. La conciencia de su delito le hizo pelear con desesperación, hasta morir erizado, todo el cuerpo, de innumerables flechas. **Sopigiosi** y **Ochavari**, solitarios y errantes, de bosques en bosques, presos ya, sus hijos y mujeres y la mayor parte de su séquito se hubieron de rendir por fuerza poco después de la partida del Gobernador. Este, antes de volverse al Parral, dejó en el mismo valle del Aguila, una población nueva á la que dió por nombre **Villa de Aguilar**. El sitio era muy propio por la abundancia de agua y fertilidad de los campos, y por otra parte de bella situación para servir de freno á la inquietud de aquellas naciones. Estaba muy cercano el Valle **Papigochi**, muy poblado de tarahumaras y donde le pareció podía establecerse una florida misión, cuyo ministro atendiese juntamente á los españoles de la Villa. Quiso que se encargase la Compañía de este cuidado y efectivamente se envió luego al P. Cornelio Bendín, fervoroso flamenco que poco tiempo antes, animado de espíritu apostólico, había venido de Europa.

Principio de la misión de Papigochi.—Primera fundación de Papigochi por el P. Cornelio Bendín.

AÑO 1649.

El celoso misionero avanzó mucho en poco tiempo; era dotado de un natural muy blando, con lo que le fué fácil hacerse amar de los indios, que presto se congregaron en grande número. Fabricó casa é Iglesia en lugar algo apartado de la Villa, enseñando el mismo Padre á los indios y ayudándolos personalmente en el trabajo, aun de sus propias chozas.

Su caridad le traía de rancho en rancho, por todos los contornos,

halagando á los naturales y rara vez volvía sin mucho acompañamiento de los que dejaban las breñas y los bosques, que venían á establecerse cerca de la Iglesia. Comenzó luego á instruirlos y en poco tiempo había ya conferido el Bautismo á la mayor parte de los adultos.

En medio de estos progresos que llenaban de consuelo, no le faltaba al santo hombre mucha materia de mortificación por las veja-

ciones que hacían á los neófitos, muchos vecinos de la villa más atentos á sus temporales intereses que á la propagación del reino de Dios. En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al Gobernador del Parral. Nada valió, sino para atraerle nuevos enemigos, entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrílegas en el Cristo del Señor. Los indios que hallándose afligidos y casi reducidos á esclavitud, se creían engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos.

No estaban aún bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento. D. Diego de Lara, gobernador de la nueva Villa, con esta noticia, avisó al Padre, que no tenía segura la vida y que se retirase. El bendito hombre respondió que no podía resolverse á desamparar á sus amados hijos: que él no les había hecho mal alguno ni tenía por qué temer y que en todo trance estaba dispuesto á morir por su rebano. Era esto á fines del año de 1649 y presos por entonces algunos sediciosos pareció serenarse un tanto la borrasca.

**Rennévase la sedición de Papigóchi.—Heroicidad del P. Cornelio Bendin.—Muere á manos de los bárbaros en la iglesia
AÑO 1650.**

Esta fingida paz no duró sino mientras fortificaban más su partido. Los principales autores eran Don Diego Barrasa, cacique de S. Diego Iguachíniga, **D. Luis, cacique de Yagunaque** y Teporaca, otro bravo cacique, que en el motivo antecedente había sido muy fiel á los españoles, y ahora había vuelto las armas contra ellos. Aconteció que el día 15 de Mayo de este año de 1650 fuese el Padre Cornelio á dar la Extrema-Unción á una india joven que luego murió, antes de dos horas. La madre, penetrada del más vivo dolor, salió como furiosa, gritando por el pueblo, que el padre, con aquellos aceites, había muerto á su hija. En los ánimos ya conmovidos hizo grande impresión esta calumnia. Ya casi corrían á las armas, y no sin grande fatiga del misionero, vinieron á sossegarse por entonces. Sin embargo, así los tres caciques nombrados, como algunos **hechiceros** que nunca faltan entre estas gentes, tomaron de aquí ocasión para avivar más sus pláticas sediciosas. El cacique de Yagunaque era un declarado apóstata. Decía públicamente, que no había de volver á ver Padre ninguno sino para darle la muerte: que no que-

ría oírlos ni aprender más de su ley; que él, no tenía más Dios que su carne, su mujer y sus hijos. El Teporaca era un indio de bastantes luces y de una persuasión natural que apenas dejaba libertad para resistir á sus discursos. Por otra parte, se le creía tanto más, cuanto habiendo sido antes, muy amigo de los españoles, no se persuadían á que se hubiese vuelto contra ellos, sin razones muy justificadas. Añadiase el crédito de su valor y astucia militar con que había hecho tanto estrago en los mismos de su nación, en la guerra pasada, y que había tantos motivos de creer emplearía mejor en los extraños por la defensa de sus naturales. Convocados muchos pueblos y dispuesto todo lo necesario, la madrugada del sábado 4 de Junio, víspera de Pascua de Pentecostés, prendieron fuego á la casa del Padre, dos horas antes de amanecer. La algazara de los enemigos que rodeaban por todas partes la casa, el calor y el humo, avisó luego al misionero y á un soldado que se le había enviado de escolta, llamado Fabián Vázquez. Uno y otro corrieron bien presto á sus armas. El Padre á un devoto Cru-

cifijo, el soldado al arcabuz y espada para defenderse y defender al Misionero. Este, como se supo después, por unos muchachos que le asistían, vuelto con admirable serenidad á Fabián Vázquez. No estamos (le dijo) en estado de defendernos ni ofender con esas armas. Es llegada la hora de Dios, y no nos toca sino disponernos para ella. La casa está cercada de innumerables bárbaros y el fuego nos hará salir de ella bien presto para entregarnos en sus manos. Aprovechaos de este corto tiempo, y de un sacerdote que tenéis á vuestro lado. Dicho esto se sentó á confesarlo cuanto permitía la ocasión y luego con un valor intrépido abrió la puerta que conducía á la Iglesia; los indios le siguieron con grande alarido, flechándolo incesantemente, hasta el pié del altar mayor, donde se postro ya desangrado. Aquí, uno á quien pocos días antes había el Padre bautizado, le echó un cordel al cuello, y arrastrándole por

toda la Iglesia, lo sacó hasta una cruz que estaba en el cementerio. Entretanto, unos le tiraban flechas, otros le herían con gruesas macanas, hasta que llegando á la Cruz expiró, al golpe de una piedra en forma de macana, con que le dieron en el cerebro. Con la misma crueldad dieron la muerte á su compañero Fabián Vázquez. Conseguida esta bárbara victoria, corrieron otra vez á la iglesia, despedazaron los altares, arrojaron por tierra y pisaron con escarnio las estatuas sagradas, buscaron con grandes ansias el Vaso de los Santos Oleos y los derramaron, diciendo: Aquí estan los aceites conque éste nos mataba. Lo mismo hicieron con las sagradas Formas, profanando los vasos y vestiduras santas que repartieron entre sí. Hicieron todo esto con tanta aceleración, que antes de salir el sol, habían ya desamparado todos el pueblo de Papigochi y retirándose á los montes.

Diligencias practicadas después de este suceso en la Villa de Aguilar en el Parral y en Durango.

Tal fué el éxito glorioso del Padre Cornelio Bendín, dotado de todas las cualidades necesarias para el ministerio evangélico; de una mansedumbre y dulzura inalterable; de una grande fortaleza de espíritu para emprender cualquier trabajo por la gloria de Dios; de un celo ardiente por la salvación de las almas, pretendió con ansia desde estudiante en Flandes, la misión del Japón. No habiendo podido conseguirla por la revolución de Portugal, tuvo por un singular favor ser nombrado para la Nueva Vizcaya y aun se creyó haber tenido noticia del género de muerte que le esperaba por medio de una alma favorecida de Dios. Lo que hemos escrito y escribiremos de él y de otro compañero que le siguió presto, se ha tomado de las informaciones que por mandato del Ordi-

nario y á petición del Padre Provincial, Andrés de Rada, se hicieron en la Villa de Aguilar en el Parral y en Durango para remitirse á la curia romana. Luego que en la Villa se tuvo la noticia, pasó á Papigochi el Capitán Diego de Lara y Trujillo, justicia mayor, y con algunos soldados. Hallaron los cuerpos desnudos, al pié de la Cruz. El del Padre tenía cinco flechazos de la cintura arriba, y dos en los dos brazos; tres golpes de macanas en la cabeza, hacia la frente y otro en el cerebro, fuera de algunas otras contusiones. Se observó que al Padre no le habían cortado parte alguna de su cuerpo como es costumbre general de estas naciones, para celebrar sus bailes. Al soldado le habían quitado la cabellera con todo el casco. Recogidos todos los pocos restos de cosas to-

cantes al servicio de la Iglesia, dieron vuelta á la villa llevando los cuerpos y deponen con juramento el mismo Don Diego de Lara, que habiendo tenido el cuerpo del Padre en las casas de su vivienda por casi treinta horas, se enterró el día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á 5 de Junio, estando tan blando y tratable que parecía estar vivo. De la villa de Aguilar pasó luego la noticia al gobernador que estaba en Parral. Se dió orden luego al Capitán Juan de Barrasa que pasase á la Villa y mientras este venía, marchó con toda la gente que pudo juntar de españoles é indios amigos del Capitán Juan Fernández de Morales. Son muy dignas de notarse las palabras que este piadoso caballero escribió al Padre Nicolás Zepeda, con fecha 15 de Junio. Yo, dice, me tengo por muy dichoso en haber sido el primero que vino á esta averiguación, y á hacer guerra en desagravio del vilipendio con que trataron estos bárbaros á este Santo religioso que tanto bien les había

venido á hacer, y desacato al altar y santos colocados en él. Confío en Dios, que antes que yo vuelva á poblado he de ver el castigo de éstos, y la misión ocupada por otro padre de la misma Religión y esa villa y su distrito muy aumentado por los méritos y sangre con que está regada de ese proto-mártir de ella, etc. Juntos los dos campos, determinaron marchar en seguimiento del enemigo, conforme á la orden que tenían del gobernador. Los rebeldes ocupaban un sitio muy defendido por naturaleza. Era un peñol bastantemente alto, aislado, de dos arroyos, cuyos altos bordes, del lado del monte hacían difícil la subida. Enseñados por lo que habían visto obrar á los españoles en semejantes lances, habían añadido la industria á la naturaleza, impidiendo los pasos y formando de trecho en trecho una especie de trincheras, con grandes piedras y gruesos troncos, á que agregaron algunas cortaduras donde lo permitía el terreno.

Vigorosa resistencia de los tarahumaras y éxito infeliz de la jornada.—Va de Capellán de la expedición el P. Virgilio Maez, Misionero de Satebó (1)

Quizá jamás, desde los tiempos de la Conquista, se había visto en los indios más regular y más vigorosa resistencia. Es verdad que les favoreció no poco la vanidad y la imprudencia del capitán que había venido del Parral. Estando ya en las cercanías de este puesto que convenía atacar, mudó repentinamente el orden de la marcha, dijo que á él le tocaba la vanguardia y que el Capitán Barrasa debía quedarse en la retaguardia, á cuidar del bagaje, mientras que él asaltaba el peñol. No duró largo tiempo la contienda. El Capitán Barrasa, hombre de mucho seso y prudencia, con-

(1) Satebó ó saté-rabó, monte de arena.

descendió con su vanidad y se quedó con algunos pocos soldados al asiento y disposición de los reales en que debían alojarse. El Capitán Fernández marchó con los demás al asalto; bien que fuese igual el valor, era muy desigual el número y la naturaleza del terreno. De nuestro campo apenas eran trescientos hombres, entre españoles é indios aliados; los rebeldes eran cerca de dos mil y colocados en lo alto apenas tenían flecha. Los nuestros habían de luchar al mismo tiempo con la dificultad de la subida, habían de abrirse camino, apartando las piedras, troncos y broza, con que lo habían cerrado los enemigos, tenían que defenderse de las flechas y de las piedras y árboles

que rodaban sobre ellos de lo superior del monte. En vencer estas dificultades inútilmente todo el día el Capitán Fernández, amenazando ya la noche y fatigada la gente hubo de retirarse avergonzado, á los reales, que lo mejor que pudo, había fortificado el Capitán Barrasa. La noche se pasó con bastante cuidado, y á la mañana, después de haber dicho Misa el Padre Virgilio Maez, que acompañaba el campo, se juntó consejo. Se determinó que no se debía asaltar el peñol antes de enviar por socorro de más gente: que solo se debía procurar atraer á los enemigos al llano, no siendo posible sitiarnos por la poquedad de nuestros soldados. Efectivamente, se contuvieron los nuestros en su campo. Los enemigos, engreídos del suceso del día anterior, lo atribuyeron á temor y bajaron á insultarlos y lo mismo hicieron consecutivamente seis días, sin considerable ventaja ni de una ni de otra parte. El séptimo, en un recodo que hacía uno de los ríos, cubierto de espesa arboleda, dispusieron una emboscada de más de cien hombres y no dejando sino los precisos en la altura, bajaron los demás con grande alarido hacia el real. Se trabó muy en breve la batalla. Los indios, con una fuga maliciosa se retiraban todos hacia aquella parte donde tenían apostada su gente. Esta traza les salió tan felizmente como pensaban. El capitán Fernández viéndolos huir precipitadamente y no sospechando que en gente tan inculta cupiese semejante astucia, los siguió con ardor, acompañado de algunos españoles. Su temeridad estuvo para costarle muy caro. Empeñados ya en el bosque, vuelven los fugitivos la frente y comienzan á llover flechas de todas partes; al mismo tiempo se muestran á la espalda los que ya estaban de refresco, y los envuelven de todos lados. Un español cayó vivo en manos de los rebeldes. El capitán y los demás se vieron en gravísimo peligro y á no haber enviado

el Capitán Barrasa algunos de á caballo que sostuvieran á los de á pié, hubieran quedado todos en los enemigos ganaron las alturas y les dejaron tiempo para una quieta retirada. Al prisionero que habían llevado consigo, quitaron la vida poco después, á vista de los demás españoles. Se supo al día siguiente que había llegado á los alzados un socorro de mil hombres. En el campo español, por el contrario, cada día era menos el número; el socorro pretendido no se podía esperar ni tan numeroso ni tan breve como se había menester. Las provisiones de guerra y de boca comenzaban ya á faltarles, después de una resistencia no imaginada. No se pensó, pues, sino en retirarse á la villa; pero apenas podrían hacerlo sin pérdida, si lo sentían los enemigos. En este conflicto quiso Dios que amaneciese un día lluvioso y nublado que prometía una oscurísima noche. Desde la mitad de la tarde se comenzaron á disponer las cosas para la marcha, con el mayor recato y silencio, porque no se diese indicio alguno de turbación, á los enemigos. Se dió orden á los indios confederados, que encendiesen las luminarias ordinarias y que permaneciesen en su canto acostumbrado hasta muy tarde de la noche. Luego que oscureció, comenzó á marchar la gente y el bagaje, que al amanecer estaban fuera de todo riesgo en el valle de Papigochi. Los indios aliados, después de haber tenido engañados á los rebeldes con la candelada y con el canto, partieron también, y caminados más de diez leguas, se habían ya, á la mañana, juntado con la tropa.

Sigue la empresa el Gobernador y castiga á los rebeldes en Tomóchi

No pudo el Gobernador D. Diego Fajardo saber el éxito de esta jornada sin una grande indignación. Le dolía mucho que los enemigos se hubiesen quedado no sólo sin castigo, pero aun vanagloriosos de una retirada que tenía tantas apariencias de fuga. Dispuesto con suma diligencia todo

lo necesario, aunque ya estaban muy entradas las aguas, marchó á grandes jornadas hacia el peñol, en que aún permanecían los alzados. El era el primero en el paso de los ríos y en la subida de los cerros con el fusil al hombro. Al primer asalto, los rebeldes, aunque por entonces no era muy grande el número, resistieron valerosamente sin que se les pudiese ganar trinchera alguna. No desmayó el gobernador, y á la mañana siguiente mandó acometer por todas partes para divertir las fuerzas del enemigo. Este se defendía con valor, pero no con la misma fortuna que otras veces. Murieron en ambos ataques muchos de los suyos, y los más valerosos; entre ellos el que gobernaba á los demás y había sido el principal agresor de la muerte del Misionero. De los nuestros se echaron menos tres de los más valerosos soldados y algunos de los indios ami-

gos. El gobernador recibió algunas heridas, aunque ninguna de flecha emponzoñada. Los rebeldes privados de su capitán y favorecidos de la oscuridad de la noche, desampararon el puesto. A pesar de las grandes y continuas lluvias se les siguió hasta **Tomóchi**, cuyo río, que no ofrecía vado alguno, detuvo al gobernador y le hizo tener algunas juntas. En ellas se le instó siempre á que se retirase á curar á la villa. No descendió sino con mucha dificultad á las vivas representaciones del Padre José Pascual, superior de aquellas misiones que lo acompañaba en esta expedición. En efecto, su natural ardiente y deseoso de la gloria de las armas, no era muy á propósito para tratar con los indios y para reducirlos á los medios de paz, que era el principal intento, y que ausente él, se consiguió con facilidad, como veremos adelante.

Rehabilitación de Papigochi por el P. Jácome Basilio.—Gran táctica del Capitán Barrasa.—Con la muerte del P. Bendin inflámanse los jesuitas en el deseo de conquistar almas para Cristo.—Calidades y ejercicios del P. Jácome Basilio.

En la provincia de Tarahumaras, después de la retirada, al Parra, del Gobernador Don Diego Fajardo todo caminaba con prosperidad á la paz. El Capitán Juan Barrasa, con un ingenio no menos vivo que el del gobernador y ayudado de la larga experiencia y terror de su nombre entre los indios, haciendo grandes estragos en sus tierras y rancherías y temiéndolos en una continua fatiga, sin precipitarlos hasta la desesperación que suele hacer más, que el valor y la industria, consiguió que los alzados, en pequeñas cuadrillas, fuesen viniendo á rendirse. Algunos de éstos se enviaron por diputados á los demás, para hacerles conocer las intenciones del gobernador y que satisfecho con las muertes de los principales agresores (que los más habían fa-

llecido en el peñol). (1) ofrecía la paz al resto de la Nación como volviesen á poblar en sus antiguos puestos y se sujetasen á la obediencia del rey nuestro señor y á la instrucción de los Misioneros. Esta embajada tuvo todo el efecto que se podía desear. Los rebeldes que habían quedado en estos montes, vinieron de tropel á presentarse á los reales, fueron conducidos al Valle de Papigochi, y se dieron mucha prisa en establecer sus casas y la del Padre que había de venir á doctrinarlos. Con indicios, al parecer, tan nada equívocos de una sincera resolución, casi juntamente con la noticia de la muerte del Padre Cornelio Bendin, llegó á México la noticia de la paz y reducción de

(1) Cerro del actual **Miñaca**.

los tarahumaras alzados. La muerte del Padre Bendín en vez de enfriar ó acobardar los ánimos, infundió á muchos un nuevo aliento y fervor para dedicarse á la conversión de los infieles. Se distinguió mucho entre todos el Padre Antonio Jácome Basile, Napolitano de nación. Resistían los Superiores privar á México de un sujeto utilísimo por su pericia en la lengua mexicana, y por el extraordinario fervor con que se había dedicado al cultivo espiritual de los indios, ministerio importantísimo, y que se ha mirado siempre con la mayor atención en nuestra provincia, sin embargo, persuadidos de sus repetidas súplicas hechas, según toda apariencia, no sin particular inspiración de Dios hubieron de condescender y enviarlo á ocupar la Misión del P.

Cornelio. Partió efectivamente y luego comenzó á trabajar con un tenor de vida apostólica, que causaba admiración. Administraba á un tiempo á los españoles de la Villa de Aguilar y á los indios de Papigochi. Su celo parecía multiplicarlo conforme á las necesidades de la grey que se le había encomendado. La educación de los niños, el catecismo é instrucción de los adultos, la reducción de los salvajes dispersos, la asistencia de los enfermos, el bautismo de los párvulos, el adorno y decencia de las Iglesias, y la administración de los demás Sacramentos, era una tropa de cuidados que hubieran agobiado á un espíritu menos gigante, y á los cuales satisfacía con maravillosa exactitud de que muy breve pasó, como veremos, á gozar del premio.

Devuélvense á la Compañía los dos pueblos de San Miguel de las Bocas y Tizonazo.

AÑO 1652.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Diego de Evia y Valdés, Obispo de Nueva Vizcaya, creyendo poder contener por este medio á los tarahumaras que cargaban á algunos misioneros de San Francisco y de la Compañía, de los motivos de su inquietud, el Ilustrísimo hizo por entonces, un violento despojo en el Padre Juan de Zepeda, Ministro del partido de Tizonazo; pero habiéndose confederado con el resto de los rebeldes los indios de este pueblo, y no admitiendo, después de su reducción, el Gobernador y Capitán general D. Luis de Valdés, el nombramiento que para el dicho y otros curatos pretendió hacer el Ilustrísimo, hubo de ceder por entonces al tiempo y permitir que la Compañía volviese á la administración de aquel pueblo. Desde que entró en el gobierno de aquellas provincias D. Diego Fajardo, volvió el señor Obispo á sus antiguas pretensiones. Este caballero, aunque bas-

tantemente afecto á la Compañía y persuadido de la inocencia y ejemplar conducta de nuestros misioneros, sin embargo, después de larga resistencia, hubo de ceder al temor de las censuras y entredicho con que le amenazaba el Ilustrísimo, y admitir la nómina que le proponía en clérigos para los dos pueblos de las Bocas y el Tizonazo. El Padre José Pascual, Superior de aquellas misiones, no tuvo más recurso que el de la Real Audiencia de Guadalajara, en que se presentó en grado de apelación, nulidad y agravio contra el dicho gobernador y señor Obispo, para quien se despachó primera y segunda carta de ruego y encargo del tenor siguiente:

“D. Felipe, por la gracia, etc. Reverendo en Cristo Padre D. Diego de Evia y Valdés, de mi consejo, Obispo de la Nueva Vizcaya, ó á Vuestro Provisor y Vicario General ú otro cualquier juez Eclesiástico, que vuestras veces y

facultades tenga y conozca, ó pueda conocer de la causa que de suyo se hará mención. Bien sabéis como por mi Presidente y Oidores de la mi Audiencia, Corte y Cancillería Real que reside en la ciudad de Guadalajara de mi nueva Galicia, se despachó mi carta y Real provisión, firmada de los dichos mi Presidente y Oidores, sellada con mi real sello, y refrendada del infrascrito Secretario de pedimento del Padre José Pascual, Rector de las Misiones de Tarahumares y en nombre de los demás misioneros de las Bocas y Tizonazo, por haberse presentado ante mí en grado de apelación, nulidad y agravio de los autos proveídos por Don Diego Guajardo Fajardo, gobernador y capitán general de este reino de la Vizcaya en haber admitido la nómina, fecha por vos el reverendo Obispo en clérigos para dichas misiones, siendo así como constaba de mi real cédula que presentó con el juramento en derecho necesario del año de 1640, tenía ordenado y mandado se me informara en esta razón, etc., etc., y siendo llano que por el informe del Padre Pedro de Velasco, provincial que fué de la Compañía de Jesús, estaba el negocio pendiente en mi real consejo de Indias, y mis reales cédulas de 44, 47 y 50, no hablaban en este caso, y vos el reverendo Obispo queriádes, se ajustasen al caso presente, presentando á ellas clérigos, mayormente cuando ni en la relación ni decisión de ellas mencionaba las doctrinas de los tarahumares, Tizonazo y Bocas, en cuya posesión se hallaba la Compañía; porque como quiera que el fundamento que pudiérades tener vos el reverendo Obispo, era la ejecutoria ganada en esta mi audiencia en contradictorio juicio con los religiosos de San Francisco, esta no había sido con la de la Compañía; de manera, que nunca cayó mi voluntad sobre ella, pues no se comprende en mis reales cédulas mencionadas, porque faltando el fin con que se ganaron, no

se ajustaba la decisión al caso presente, mayormente cuando esto había sido artículo de remoción, pues primero ha de ser oída la Compañía que ser despojada, guardando en todo caso, que sea comprendida en mis reales cédulas la forma en ellas contenida, como porque asimismo por mi real cédula de 47 estaban mantenidos en la posesión en que se hallaban, ínterin que mediante los informes por mí se determinara otra cosa. Y porque el dicho gobernador de temor de las censuras que le habéis puesto, procedería á proveer las dichas misiones sin oír á los dichos misioneros, y justamente se temían que hoy estarían despojados, y porque este negocio se debía tratar en la dicha mi audiencia por ser declaración de mis reales cédulas tocantes á mi real patronato, sin que bastasen las alegaciones, requerimientos y protestas hechas por los dichos misioneros, imponiéndoles gravísimas censuras, como todo constó del testimonio que presentó. Y me pidió y suplicó, que habiéndole por presentado se despachase mi carta y real compulsión, para que dicho mi gobernador remitiese mis autos y citatoria á las partes, y que en el ínterin no innovase, y por otro sí dijo, que respecto de ser esta materia tocante al cumplimiento de mis reales cédulas, y obrase ante vos el reverendo obispo y gobernador, que asimismo se despachase de ruego y encargo, para que vos el reverendo Obispo remitéis los autos; y por la distancia grande y temerse los dichos misioneros, que por los acelerados procedimientos los habéis despojar sin oírlos, suplicáronme les despachase, primera, segunda y tercera carta, pues era justicia. Y por los dichos mi presidente y oidores se ordenó se despachase mi carta y real provisión compulsoria, para que dicho mi gobernador enviase los autos precisamente á la dicha mi audiencia, y en el ínterin no innovase, y citatoria para las partes y para la ejecu-

ción, por lo que os toca á vos el reverendo Obispo, se despachase primera y segunda carta de ruego y encargo, su fecha en 7 de este presente mes y año. Y porque si habiéndose notificado y presentado la dicha mi primera Carta, en que os ruego y encargo dejéis que libremente el dicho mi gobernador remita los autos de la dicha causa, y sobre la ejecución de ello no procedáis contra el susodicho á censuras ni entredichos, y si alguno hubiéredes puesto, lo alcéis y quitéis, absolviendo á los excomulgados llanamente en el interin que los autos de mi dicho gobernador se traigan á la dicha mi Audiencia y en ella ven y determinan, por tenerle mandado que no innove. Y para lo que os toca remitáis los autos Eclesiásticos que hubiéredes fecho, en esta razón á la dicha mi Audiencia, con persona segura, dentro de dos meses, para que en ella se vean como más largamente consta, de la dicha mi primera carta, y para que se guarde y cumpla enteramente y no lo hubiéredes fecho y ejecutado en virtud de lo decretado por la dicha mi Au-

diencia, los dichos mis presidente y oidores, acordaron: que debían mandar dar esta mi segunda carta en dicha razón y yo, túvelo, por lo cual os ruego y encargo que luego que os sea notificada por parte de los dichos Religiosos Misioneros, de la Compañía de Jesús, la veáis y la dicha mi primera carta de suso declarada, la cual, guardad, cumplid y ejecutad, según y como en ella se contiene, como si aquí fuese inserta é incorporada y contra su tenor y forma no vais, ni paséis, ni consintáis, se vaya ni pase en manera alguna, so pena de la mi merced y de doscientos pesos, para mi Cámara, y de que seréis habido por ageno de mis Reinos y Señoríos y de que perderéis la naturaleza v temporalidades que en ellos habéis y tenéis. Dada en la ciudad de Guadalajara á 7 días del mes de Febrero de 1652. Lic. Pedro Fernández de Baeza.—Dr. Torres, Lic. D. Francisco de Barrera, Lic. D. Juan de Contreras y Garnica, Refrendada. Diego Pérez de Rivera, Escribano del Rey Nuestro Señor y Mayor de Cámara y Gobernación."

Nuevo alzamiento de los Papigochi.—El Padre Jácome, Basilio, Misionero de Temósachi (ó Temoachi) y de San Felipe, (Chihuahua).—Martirio del Padre Jácome, Basilio.—Ven los indios salir el alma del Padre en forma de niño

AÑO 1652.

Los tarahumaras, mal avenidos con la vecindad y gobierno de los españoles, no sin dificultad habían dejado las armas; y la tranquilidad de que actualmente gozaba la provincia, no dejaba de parecer sospechosa. La Compañía de Jesús acababa de regar aquel terreno de la Tarahumara, con la sangre de uno de sus hijos, y apenas se había enjugado, cuando otro le había sucedido con valor, entrándose por los mismos peligros, y sacrificándose á la paz de la provincia y á la conversión de los naturales en el valle de Papi-

gochi. Era este el fervoroso padre Antonio Jácome Basile, de cuyo celo y actividad se podían prometer desde luego los más felices sucesos en la propagación del Evangelio y vida política de los tarahumaras; pero la llama del pasado alzamiento se había sofocado muy repentinamente para que no quedasen algunas ocultas centellas en las cenizas aún calientes. Efectivamente, se conoció bien presto que la aparente quietud de aquellos indios, no era sino una tregua mientras se armaban y disponían mejor para la

ruina total de aquella población. Teporaca, aquel indio ladino de que antecederamente hemos hablado, no perdía ocasión de incitar algunos mal satisfechos de los españoles, y con la persuasión natural de que era singularmente dotado, junto con los créditos de su valor y conducta de que había dado pruebas, no vulgares en la antecedente rebelión, engrosaba cada día con nuevos conjurados el partido de que se había hecho jefe. Manejaba estas negociaciones con tanta astucia y silencio, que la primera noticia que tuvieron de ellas los españoles, fué el día 2 de Marzo, en que amanecieron sobre la Villa de Aguilar. Su multitud y sus armas no dejaron dudar al Capitán de sus malas intenciones; sin embargo, para asegurarse envió algunos soldados á que se informaran de sus pretensiones, y les aseguraran la buena voluntad del gobernador, y suya, en cuanto pudiese ofrecérseles. No dieron lugar á unas proposiciones tan racionales, porque luego que estuvieron á tiro, descargó sobre ellos una nube de flechas. Los españoles correspondieron con sus fusiles, y avisando el ruido á los demás, concurrieron todos los vecinos de la villa, que sostuvieron con valor y muerte de muchos indios el ataque por más de tres horas. Al cabo de este tiempo se vino á conocer la astucia de Teporaca, que había sabido llevar á perfección sus designios muy á costa de los vecinos. El astuto capitán, según se conoció después, no pensó en asaltar la Villa aquel día. La gente con que había acordonado la Villa solo le sirvió para advertir las fuerzas del enemigo y empeñar á los españoles en la defensa de sus casas, mientras que otros sin resistencia alguna talaban los sembrados, y se apoderaban de mulas, caballos y todo género de ganados, que en gran multitud condujeron á los montes para perpetuar la guerra. Con esto se contentaron aquel día, y dejando algunos soldados heridos y los demás des-

proveídos de todo humano socorro, se retiraron á disponerse para más sangrientas operaciones al día siguiente.

El padre Antonio Jácome se hallaba en la actualidad en el pueblo de Temoachi, cuando le llegaron estas tristes noticias, y desde luego resolvió ponerse en camino para Papigochi. Los indios de Temoachi, que como los de San Pablo y San Felipe, no tenían parte en la rebelión, le rogaban con lágrimas que no fuese á morir á manos de sus enemigos: que ellos lo sacarían sobre sus hombros y lo pondrían en lugar seguro. Decíanle que no creyese le habían de perdonar los rebeldes, pues era el principal objeto de su cólera. Nada bastó á detener al hombre de Dios. Respondía que desde que entró á la Tarahumara la halló regada con la sangre fresca aún de su antecesor el padre Cornelio Bendín; que jamás había pensado ni envidiado tener otra suerte: que los españoles de la Villa eran también ovejas suyas y no podía faltarles en una ocasión tan crítica, sin contravenir á las obligaciones de buen pastor, y se tendría por dichosísimo de dar la vida en este oficio de caridad. Efectivamente, partió á Papigochi, dejando escrita una carta para el Padre Virgilio Maez, que le había enviado un indio de Satebó, su residencia. Los alzados, para no dar lugar á que viniese á los de la Villa algún socorro, determinaron asaltarla aquella misma noche. La multitud de los enemigos y la mucha distancia de los tugares de españoles no daba á los vecinos lugar para la fuga. Así no pensaron más que en disponerse para resistir al enemigo y para morir cristianamente. La mayor parte de la noche gastó el padre en oír confesiones y exhortarlos con fervorosos actos, persuadidos todos á que era llegada la hora del Señor. Después de esto, se retiró á la iglesia acompañado de un indio fidelísimo, donde con larga oración se prevenía para ofrecer á Dios el sacrificio de su

vida; la demás gente se había refugiado á las casas del capitán, que eran las más fuertes del lugar. A poco más de media noche se comienza á oír de todas partes el alarido de los bárbaros: acometen con furia á las casas: barren las paredes con duros chuzos, de que se sirven para sus labranzas; prenden fuego á las hendiduras y arrimados á las mismas paredes se ponen á cubierto de los fusiles. Los clamores de los niños y las mujeres, añaden nueva confusión á los sitiados. Finalmente, el humo y las llamas les obligaron á salir y vender caras sus vidas. El capitán y los soldados fueron los primeros que cayeron atravesados de muchas flechas. No tardaron los demás en seguirlos. El padre, con su fiel compañero, conociendo por la algarazá de los indios el peligro de los suyos, salió animosamente de la iglesia á presentarse á los apóstatas y reprimirles su fiereza, aunque con palabras muy dulces y amorosas. La respuesta fueron muchas flechas, á cuyos golpes cayó primero el indio y después el padre.

Sacrificadas estas víctimas ya al amanecer, dieron sobre todo el resto del lugar, quemaron las casas y la iglesia y se repartieron por las diferentes poblaciones, llevándolo todo á fuego y sangre. Al padre Antonio Jácome, que atravesado de muchas flechas, habían dejado por muerto, reconociéndolo vivo aun con el día, lo a-

cabaron á golpes de macanas, y luego lo ahorcaron á un brazo de la Cruz, que según costumbre, se había plantado en el cementerio. Quiso Dios mostrar cuán agradable le había sido el sacrificio de su vida con una demostración, de que fueron testigos oculares y que depusieron después sus mismos bárbaros matadores, y fué que al expirar habían visto salir de su boca un niño muy hermoso, lo que explicaban en su idioma, diciendo que el padre había parido al morir. Así lo depusieron seis testigos en las informaciones hechas con autoridad del ordinario en el Parral y Durango; y entre ellos el Lic. Don Juan Tello Rosso, cura de Atotonilco, que dió sepultura al cadáver. El R. P. Fr. Hernando de Urbaneja, del orden de San Francisco, ministro de Santiago Babonoyaba, que lo preguntó personalmente á tres caciques, dos tarahumaras y un tepéhuán, que se hallaron entre los rebeldes á la muerte de dicho misionero. El Capitán Don Juan de Echavarría, que fué enviado por el gobernador á la averiguación de lo acaecido en la Villa, y el mismo gobernador y capitán general de Nueva Vizcaya, Don Diego Fajardo. Algunas otras particularidades tendrán lugar en otra parte. Aquí baste para su elogio el género de muerte con que glorificó al Señor el día 3 de Marzo de 1652.

Queman los indios bárbaros las Iglesias de Santiago, Santa Isabel, San Andrés, San Bernabé, San Gregorio Yaguna, San Diego de Bachiniba, San Bernardino, de los religiosos de San Francisco y los de San Javier de Satevó, de la Compañía de Jesús.

AÑO de 1...

No satisfecha aún con tanta sangre, la crueldad de Teporaca y sus aliados, se dejaron caer con furia sobre muchos pueblos de los religiosos franciscanos y de la Compañía, buscandó como leones

hambrientos á los misioneros. La providencia del gobernador y de los superiores los había hecho retirarse á lugares más seguros. No hallándolos, desfogaron su cólera los bárbaros en las iglesias:

quemaron las de Santiago, Santa Isabel, San Andrés, San Bernabé, San Gregorio Yaguna, San Diego Guachinipa, San Bernardino de los religiosos de San Francisco, y las de San Lorenzo y San Javier de Satebó, de la Compañía de Jesús. Hicieron grandes esfuerzos para atraer á su bando á los tarahumaras de San Gerónimo Huexotitlán y San Felipe, amenazándolos con la desolación y con la muerte, si no la daban á los padres misioneros que se habían recogido á sus pueblos, y aun por cinco veces (según se supo después) intentaron acometer entrambos lugares, desbaratando Dios siempre sus medidas para que no se arruinase del todo aquella nueva cristiandad.

Al gobernador del Parral, que era el único que podía poner freno con las fuerzas que tenía á su cargo á las correrías de los alzados, le llegó por este mismo tiempo orden precisa de Durango, de entrar con todos los presidiarios é indios amigos que pudiese juntar, al castigo de los tobosos, nación fiera é insolente, principio y nervio de todas las revoluciones que en tantos años habían turbado la tranquilidad de la provincia. El padre José Pascual, superior de aquellas misiones, noticioso de esta expedición, presentó al gobernador que en las circunstancias presentes los tarahumaras alzados eran unos enemigos más temibles que los tobosos mismos; que sacar los presidiarios y tanto número de indios amigos, era dejar sin resguardo ni defensa alguna aquellas fronteras, expuestas las estancias de los españoles, sus reales, las iglesias, los pueblos y la vida de los ministros al furor de los forávidos; ó sería menester retirar á los padres, sin cuya asistencia los indios que permanecían fieles á Dios y al rey, no dejarían de ceder á las instancias y ventajosas condiciones con que les lisonjaban los alzados. En fuerza de esta representación se dió orden á Don Juan Fernán-

bernador y capitán general para que atendiese á la defensa y conservación de aquellos pueblos. El suceso comprobó demasiadamente presto las prudentes sospechas del padre Pascual. Los rebeldes, sabida la marcha del gobernador á las tierras de los tobosos, creyeron poder desolar impunemente la tierra y acabar con todos los españoles y ministros del país; y, en efecto, lo hubieran ejecutado si la increíble velocidad del gobernador no hubiese cortado á tiempo sus medidas.

Hallábanse juntos los alzados, en número de más de dos mil, en las rancherías del cacique Don Pablo, como á doce leguas de San Felipe. No esperaban para arrojarse sobre este lugar, sino al cacique Teporaca, por cuya orden habían venido allí, donde él debía juntárseles muy en breve. Pero esta unión, que debía ser la ruina de todo aquel reino, desbarató el Señor Jando al gobernador á la victoria tan breve y tan completa sobre los tobosos en el peñol de **Nonoaba**, que sin tener ya más que hacer contra aquellos bárbaros, volvió las armas contra el pérfido Teporaca, entrándose improvisadamente por sus tierras. No faltó Teporaca á sí mismo ni á los suyos en una ocasión tan crítica. Despachó luego orden á los que estaban cerca de **San Felipe**, que obrasen por sí mismos sin esperarlo, y que se previniesen para resistir á todas las fuerzas del gobernador, que muy presto tendrían sobre los brazos. Él, entre tanto, acampando siempre en peñoles y lugares escarpados, con un grande conocimiento de todos los puestos ventajosos, eludió los conatos del gobernador, que desesperado de poderlo haber á las manos, tomó la resolución de atacar el trozo mayor de Tarahumaras, cercano á **Chihuahua**, donde tenía más prontos los socorros, y en que los enemigos por falta de su capitán no tendrían las mismas ventajas. Sin embargo, encontró mayor resistencia de la que imaginaba. Los indios se defen-

dieron con tanto valor y tanta regularidad, que no sólo no se consiguió sobre ellos alguna victoria considerable, pero en dos ocasiones se hallaban en bastante aprieto nuestras gentes. La una fué en las rancherías de Tomóchi, en que cincuenta españoles y doble número de indios aliados, pensando sobrecoger á los enemigos, oyeron repentinamente, por la frente y á sus costados, el alarido de los bárbaros. Reconoció el Capitán español por esta señal, no menos la vigilancia que la fuerza y andar con que lo esperaban, y temiendo ser envuelto del mayor número, retrócedió á desembarazarse de una angostura, por donde había entrado y en que podía, sin defensa alguna, recibir mucho daño. Quiso Dios cegar los ojos á los rebeldes para que no supieran aprovecharse de tan ventajoso puesto, siéndoles mucho más fácil haber tomado las alturas que seguirlos por las cañadas. Habían ya salido de aquel mal paso nuestras gentes, cuando las alcanzaron los alzados y comenzaron á flecharles. Era muy inferior el número para querer hacerles frente. Así sin dejar la marcha, se les procuraba tener lejos con algunas descargas que por su confusión y desnudez, jamás se hacían sin algún estrago. Así se marchó dos días en un continuo movimiento. A la punta del tercero se reconoció acercarse el enemigo con mucha más fuerza y mejor orden. Los conducía un indio de buen talle, que con el alarido y las acciones animaba á los suyos marchando con paso acelerado hacia las filas de los españoles, como quien pretendía llegar á las anas y romperlas. Era este un atrevimiento que jamás habían tenido los indios, y que ejecutado con prontitud y con arte, hubiera sido la ruina de nuestra pequeña tropa. En esta atención uno de los soldados, sin esperar más orden, se avanzó también hacia el enemigo, hasta ponerse á tiro de fusil, á cuyo golpe dió con el bárbara capitán en tierra. Este suceso

enfrió mucho el ardor de los apóstatas, que luego comenzaron á aflojar y aquella noche desaparecieron, en ocasión en que ya á los nuestros les faltaban toda clase de provisiones de guerra, y en que si perseveraran habrían acabado con todos.

Aun fué mayor el daño en el asalto que dió el Gobernador al peñol de Pichachí, con más animosidad que prudencia. Cuarenta y dos soldados salieron heridos en esta acción sin haberse podido ganar aquel puesto. El Gobernador, mortificado del mal éxito de la empresa, se acercó por sí mismo á reconocer el terreno y ver los lugares por donde acometer al día siguiente, en que juró había de ser el primero que marchase. Quiso Dios excusarle esta pena y librarle de la muerte que, verosimilmente, no hubiera evitado en el ataque. Mandaba á los rebeldes del peñol un cacique bastante racional, y que otro tiempo había sido muy estimado del Gobernador. Las persuaciones y ejemplo de sus parientes, lo habían empeñado, contra su voluntad, en el partido de los rebeldes, y sentía ver al Gobernador empeñado en una acción de que no podía salir con crédito. La amistad y el reconocimiento pudo más en su corazón que la afección á los suyos. Y así, con pretexto de no poderse ya mantener en aquel sitio, fingiendo el temor que no tenía, hizo retirar de allí á sus gentes en aquella misma noche, dejando libre el campo á los españoles. Tal era la triste situación de nuestro ejército; sin embargo, no era tan adversa la suerte á otro destacamento, que mandaba el Capitán Cristóbal de Nevares. Seguiale una gran parte de los tarahumaras fieles que poco antes habían venido á incorporarse con el campo del Gobernador. El prudente capitán supo valerse de toda la oportunidad que le ofrecían estos indios para examinar el terreno, para seguir las huellas del enemigo, para inquirir sus resoluciones, y luego también para convidarlos

á la paz. Entre otros menores encuentros en que llevó siempre lo mejor, logró también la fortuna de encontrarse con el trazo mayor de los alzados, en parte donde les fué imposible dejar de venir á las manos. Los envolvió y los derrotó con muerte de muchos de los suyos, y los más valerosos. Tomó un gran número de prisioneros y si no hubiera querido perdonar á la rusticidad de aquella pobre gente, pudiera haber acabado con todos en una sola acción. De los prisioneros envió una gran porción al Gobernador, y los demás envió libres á diferentes partes, para que convidasen, con la paz, á sus compañeros. Como siempre inspiran más docilidad las desgracias, las proposiciones de paz de boca de un vencedor se hicieron oír con agrado de los jefes de los alzados. Volvieron los enviados con respuestas muy favorables, y fueron admitidos á la paz con la condición de que hubiesen de entregar al cacique Teporaca, autor de tantos daños. Este infeliz, batiéndose desesperadamente y a-

bandonado de los suyos, tardó poco en caer en manos del Gobernador, que lo sentenció luego á muerte. Ni las piadosas exhortaciones del sacerdote que seguía el campo, ni de los españoles, ni de sus mismos amigos y parientes, pudieron persuadirle á que se confesase y arrepintiese de su apostasía. Así, vomitando injurias contra los españoles y contra la cobardía de los suyos, que se habían entregado, fué colgado de un árbol. Su cadáver quedó hecho un erizo de las muchas flechas con que lo atravesaron sus naturales mismos, indignados de su obstinación. El Padre Vigilio Maez se restituyó prontamente á su Misión de **Satebó**; el Padre Gerónimo de Figueroa á la de **San Pablo**. En la de **San Gerónimo** quedó el Padre Gabriel del Villar, y en la de **Sin Miguel**, el Padre Rodrigo del Castillo, que todos tuvieron mucho que merecer para congregar su ganado disperso, y volver á reedificar las casas é Iglesias que los amotinados habían reducido á cenizas.

El Misionero de Tomóchi P. Glandorf.—La Reliquia de San Vicente Mártir y la auténtica al Padre Glandorf.

AÑO 1721-1763.

No podemos dejar de consignar á la posteridad la memoria de un ilustre Jesuita apóstol de la Tarahumara y cuya fama de Santidad y milagros aún se conserva viva en esos lugares por una no interrumpida tradición de padres á hijos. Este fué el P. Francisco Hernán Glandorff, de quien se escribió una difusa Carta edificante el año siguiente de su muerte y de cuya vida ejemplar y portentosa recogió no pocas noticias el Apóstólico Obispo de Durango, el limo. Sr. Dr. Don José Antonio Zubiría, en los mismos sitios que fueron teatro de sus gloriosos trabajos en la conversión de las almas. Nació este Venerable Padre en la ciudad de Osnabruck, en Alemania, en 1687, de padres muy dis-

tinguidos y cuyos ascendientes por su nobleza eran Senadores titulares de aquel gobierno oligárquico. Desde niño fué muy virtuoso y de tanta caridad con los necesitados, que se le llamaba en tan tierna edad padre de los pobres, y ya mayor, cuando estudiaba era tal su arreglo de costumbres, que entre los que lo conocían no se le daba otro título que el de estudiante Apóstol. Entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Tréveris, el que, concluido se dedicó á las letras humanas, en que hizo tales adelantos que se había destinado para colaborador de la famosa obra de los Bolandos, que se redactaba en su Provincia. Pero abrasado en celo de la conversión de las almas, pasó á esta Pro-

vincia en 1717, para ser empleado en las misiones, aun antes de haberse ordenado de Sacerdote. Desde su llegada á Veracruz se hizo notar aquel grande celo, pues todo era preguntar en dónde estaban los bárbaros, entristeciéndose cuando se veía en las grandes poblaciones y alegrándose en los caminos poco transitados, cuando creía que conducían á las tierras de los gentiles. Recibido ya el Sacerdocio y hecha la profesión solemne de cuatro votos, se le destinó á la misión de la Tarahumara, señalándosele el lugar de Carichi (1) que estaba en la frontera, donde estudió el idioma con otro célebre Misionero, el P. José Newmann, saliendo tan aprovechado en él, que parecía serle nativo. Dado este primer paso, el más difícil para los misioneros, se le envió á la misión de Tomochi, una de las más trabajosas de aquella provincia, tanto por su áspera posición, la barbarie de sus moradores, su ignorancia y pésimas costumbres, cuanto por las distancias á que se encontraban las rancherías de esa tribu de su cabecera. Pero aquel hombre apostólico se dedicó con tal tesón á civilizar é instruir en el Cristianismo á aquellas bárbaras gentes, que el que antes era un campo árido que solo producía espinas, se convirtió en un jardín florido de virtudes cristianas y en uno de los pueblos menos incultos de esa provincia; cuantos transitaban por allí no sabían qué admirar más, si el amor de los indios á su pastor ó la santidad de vida de él, su laboriosidad y empeño por hacerlos á todos santos. Era el P. Glandorff maestro de los niños, catequista de adultos gentiles que á la fama de su nombre se le presentaban á recibir el Bautismo, y á morar en el pueblo: ya se le

veía en el campo presidiendo á las siembras y cosechas, ya en las fábricas ayudando á los albañiles, ora en las casas de los enfermos, asistiéndolos en sus males y curándolos con sus manos, ora celebrando sus entierros y exequias con cuanta solemnidad le era posible, por humilde y abatida que fuese la clase del difunto. En medio de tantas ocupaciones exteriores el P. Glandorff, parecía un anacoreta en el mucho tiempo que se procuraba para la oración en el recogimiento interior que se admiraba en él, en la austeridad y penitencia de su vida y en tal unión con Dios, que su conversación siempre era de cosas celestiales, al grado que si alguno preguntaba sus señas á los indios, su respuesta era: "Es un Padre que siempre habla de allá arriba" ó bien: "Es un Padre que siempre habla de Dios," expresiones que mil veces se dijeron en Europa del Santo fundador de la Compañía de Jesús. El P. Glandorff no solamente fué un hombre ejemplarísimo por sus virtudes, y á quien puede darse el título de Apóstol, por su celo en la conversión de las almas, sino doctísimo por su ciencia. Asegurábase que llegó á saber, casi de memoria, las muchas y voluminosas obras del eximio doctor P. Francisco Suárez, y era de suma facilidad para hacer versos latinos, y de una grande elocuencia en ese idioma. Lo dotó el Señor de muchas gracias, gratis dadas, y se refieren de él multitud de portentos en la curación de gravísimas enfermedades; no pocos casos que acreditaron su espíritu profético, en revelar las cosas futuras, en el conocimiento de las ocultas; y penetración del interior de las conciencias; lo que fué tan público en todo el antiguo reino de la Nueva Vizcaya, que de parajes muy distantes acudían á la Misión de Tomochi, como á uno de los más célebres Santuarios de la Cristiandad, á consultar con el P. Glandorff, confesarse con él, encomendarse en sus oraciones y pedirle remedio de las

(1) Según las partidas de Carichi asentó su primera Partida á 7 Marzo 1721 y su última, 16 Febrero 1722, bautizando en ese tiempo junto con el P. Newman, á muchos relativamente.

más graves necesidades espirituales y á ninguno engañó su piadosa confianza, pues todos hallaban en el Venerable Misionero un consuelo de las aficciones de que se veían oprimidos. Sobre todas estas gracias le concedió el Señor el don de agilidad de manera que recorría grandes distancias en tan poco tiempo que llegó á ser como un adagio de un buen caminante decirle que tenía los zapatos del P. Glandorff, y lo que es más raro, cuando iba acompañado, en sus viajes, de algún indio, viéndolo fatigado le daba su calzado y de esta suerte, aliviado en la caminata, lo seguía con la misma velocidad y expedición que si no estuviera cansado. La otra gracia es aún más singular: refiérese que en los registros mortuorios que llevaba en su misión, anotaba con ciertas sentencias latinas el fin feliz ó desgraciado de aquel difunto en el juicio del Señor; de este hecho tan extraordinario existen como comprobantes los libros de aquella misión, los cuales certificó el citado Eln. Sr. Obispo de Durango, á una persona muy respetable haber visto de letra del P. Glandorff, de una manera la más clara é inteligible. Y volviendo á aquel su don de agilidad tan portentoso, él explica suficientemente, dice un biógrafo, las grandes caminatas que el Padre emprendió durante los cuarenta años que gobernó aquella Misión. El Padre Glandorff, se lee en su carta edificante, atravesó, á pié, inmensos terrenos (1) vadeó crecidos arroyos y caudalosos ríos, subió y bajó por asperísimas montañas y espantosos barraneos ó precipicios, siendo lo más particular que cuan-

(1) Su cabecera comprendía La Concepción de Tomóchi 368 indios; San Ignacio de Arisiachi, 404 indios; San Miguel de Caburichi, (¿Cabórachi?) 344 indios; S. Luis Gonzaga de Peguáchi, 164 indios, hacia Rosánachi y el territorio de Jesús María por Basasiachi, hacia Pichachi.

do montaba alguna cabalgadura, aun cuando fuese un pequeño jumentillo, ni un instante podía permanecer sobre ella, sin que flaquease la cabeza y se viese en riesgo de caer, cuyo accidente se disipaba en un todo desde que echaba á andar á pié. Así es como el venerable misionero recorrió, como ya dijimos, caminos muy ásperos, fragosos y dilatados en la administración de su misión; porque ella se componía de multitud de lugares que el Padre formó, distantes unos de otros, ó divididos entre sí por horrosas quebradas, que era necesario rodear para llegar á la población, ó en solicitud de sus Neófitos, cuando se huían á los montes ó á otras misiones á que lo llamaba la obediencia, ó lo obligaba á visitar la caridad para con los necesitados y afligidos. Porque el grande concepto de santidad de que disfrutaba era tal y tan universal, que no solamente los Misioneros Jesuitas acudían á él, en su Misión, ó lo llamaban á las suyas cuando estaban imposibilitados, sino aun los religiosos de la orden Seráfica que junto con los de la Compañía, cultivaban aquella Cristiandad. Sabida que fué, en aquella época, la visita que, expofeso, le hicieron dos respetables sujetos de dicha orden, el Reverendo Provincial de la Observancia, Fr. Antonio Rizo y el Vicario de las Misiones del Colegio de Propaganda de Zacatecas, Fr. Ignacio de Erize: uno y otro rodearon, y no poco, su camino, por solo conocer al P. Glandorff; y ambos al apartarse de Tomóchi, iban tan edificadas de las virtudes y celo del apostólico jesuita, que no sabían cómo expresar su admiración; el primero cuando llegó al primer curato de su religión, al preguntarle sus súbditos la causa de su demora, porque hacía algunos días que lo esperaban, les contestó: "¿Por qué extrañáis esta tardanza cuando venía á la Tarahumara?" "¿Podía por ventura, al poner los pies en ella, dejar perder la ocasión de conocer á un Apóstol? ¡Dichosa Pro-

vincia que tiene tal misionero! ¡Dichosa Religión que cuenta entre sus individuos á un varón tan santo!"—Las mismas exclamaciones hacía el segundo siempre que se ofrecía hablar de aquella materia, afirmando que, ni entre los Misioneros de su Orden ni de otras á quienes había conocido y tratado, había encontrado hombre más santo, ni apóstol de más celo de las almas, que el P. Glandorff. Y ni entre los domésticos le faltó aquella recomendación, porque habiendo pasado el P. José de Charvarría, de Visitador general de las Misiones y deteniéndose algún tiempo en la de Tomochi, con ánimo muy particular de observar al P. Francisco, por la gran fama que por todas partes corría de su nombre, al llegar á la Provincia dando razón de lo que le había pasado en su visita, así en lo particular, á sus amigos, como oficialmente, al Padre General no vacilaba en decir á boca llena:—Ya no deseo conocer al Apóstol San Francisco Javier, habiendo tratado al P. Glandorff. Y si en su vida como hemos visto en esta breve reseña, el P. Glandorff fué una copia viva de San Francisco Javier, en la multitud de sus viajes por la salvación de las almas, en el don de milagros, en el espíritu de profecía, en su amor á Dios, en las muchas gentes que bautizó, en el considerable número de templos que levantó al verdadero Dios, en su fama de hombre apostólico, y en la veneración en su persona, no lo fué menos en su gloriosísimo tránsito, siguiendo fielmente sus huellas hasta la muerte. Atacado el P. Francisco de una gravísima enfermedad en aquella su amada Misión de Tomochi, que una desabrigada choza, ni más compañía que la de un indio. Allí, abandonado de todos, luchó con las agonías de la muerte, y reconociendo próximo su fin, hizo llamar algunos Misioneros Jesuitas, para que le administrasen los Sacramentos; y retirados aquellos, tras pasados sus razones con la irremediable pérdida de un hermano tan Santo y

de un Apóstol tan ejemplar, el P. Glandorff, fijó los ojos en los cielos, y estrechando en su inflamado pecho aquel devoto crucifijo que por tantos años le había acompañado en sus apostólicos misterios, entregó su inocente alma, en manos de su Criador, el 9 de Agosto de 1763, á los 75 años, once meses, veinte días de su edad, de los que había pasado más de cuarenta en las misiones. Sus venerables cenizas descansan en la Iglesia principal de Tomochi, y la fama de sus virtudes será siempre eterna para gloria suya y honor de la Compañía de Jesús, que cuatro años después tuvo el sentimiento de verse arrancada de aquellos lugares en que tanto habían trabajado sus hijos por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Por medio del P. Procurador en Roma, debió pedir el P. Glandorff la reliquia á que hace referencia la siguiente auténtica:

Fr. Thomas Cervioni a Monte Reino Patritius Senensis Archiepiscopus, Dei et Apostolicæ Sedis gratia Episcopus Porphyriensis, Sacrarii Apostolici Praes. Pontificii Solii Assistentis, actotius Ordinis Erem. S. Augustini Ex-Gen.

Universis ac singulis praesentes litteras nostras visuris fidem indubiam facimus, quod Nos ad majorem Omnipotentis Dei gloriam Sanctorum que suorum venerationem, ex sacris reliquiis de mandato SS. D. N. PP. e Coemeterio Calisti extractis, et a Sacra Congregatione Indulgentiarum, Sacramentumque Reliquiarum recognitis et approbatis hinc dedimus **Rev. Pri. Glandorff Soc. Jesu**, magnam partem Brachii S. Vincentii Martyris collocat in capsula lignea charta depicta cooperta, vitta sericea rubri coloris ligata, cum facultate a se retinendi, alteri donandi, extra Urbem mittendi et in qualibet Ecclesia vel Oratorio publice fidelium venerationi exponendi et collocandi, absque tamen officio et Missa ad formam decreti Sac. Congregationis Rituum, editi die 11 Augusti 1691. In quorum fidem

has praesentes litteras manu nostra subscriptas nostroque sigillo firmatas per infrascriptum nostrum. Secretarium expeliri jussimus. Dat. Romae die 10 Martii anno 1735.

Gratis ubique omnia Regist. lit. 5 -|- sello—Valent. us Valentini.

Este relicario lo abrieron para sacar parte de la Reliquia para consagrar aras, en la Catedral de Chihuahua, en tiempo del Sr. Obispo Salinas, de Durango y siendo Sacristán Mayor de la entonces parroquia de Chihuahua el Sr. Ignacio Lazo, que murió á 12 de Septiembre de 1885, según dice la lápida de su sepulcro que está á la parte del Evangelio en la capilla del Santuario. El Ilmo. Sr. Zubiría, antecesor del Sr. Salinas, fué gran admirador y celebrador del P. Glandorff. Ambos señores Obispos alcanzaron largos años.

Los pedacitos de la gran Reliquia los guardó el Sr. Lazo, ó como dice la lápida, Lazo, con la dicha auténtica en una copa. Primero estuvo esta en la sacristía del Rosario (1) luego la trasladaron á

(1) Esta capilla, edificada en 1760, es el edificio que ha dado pie al error tan común en los chihuahuenses, que repiten los del pueblo y lo estampan los escritores en sus papeles, diciendo que la iglesia Catedral de Chihuahua se edificó al mismo tiempo que la de Santa Eulalia, que se edificó también en el pontificado del Sr. Tamarón, como luego. Dios mediante, diremos.

un armarito del altar de la Virgen del Carmen de la Catedral, como consta en el Inventario, de donde el Sr. Obispo, segundo de Chihuahua, Dr. D. Nicolás P. Gavilán, trasladó la copa con la reliquia y auténtica á la capilla episcopal, donde la tuvo algunos años.

El 2 de Octubre de 1906 se dignó S. S. Ilma. y Rvma. regalar dicha preciosidad á un sacerdote que consiguió un hermoso relicario, donde puso la Reliquia doble, por decirlo así, esto es, buena parte de los santos huesos del Brazo de San Vicente Mártir y la auténtica dada al P. Glandorff en 1735, que debió acompañar al insigne Misionero de Tomóchi durante cerca de 30 años.

S. S. Ilma. y Rvma. se dignó en el dorso de la sobredicha Auténtica, adjuntar este certificado: "Certificamos que la Reliquia contenida en este vaso, fué encontrada en esta Santa Iglesia Catedral, junto con esta Auténtica, y según toda probabilidad es la misma á que ella se refiere.—Chihuahua, 13 Octubre 1906 -|- **NICOLAS,**

Obispo de Chihuahua."

Guárdanse, pues, dichas Reliquias, en una cajita de cristal engarzada con metal en forma de relieves y va la cubierta en forma piramidal de metal, cerrada con un candadito. En el cristal, de un lado, va grabado el nombre de Jesús; en otro el anagrama A. M. D. G.; en el tercero "Brachii S. Vincentii Martyris;" en el cuarto, **Autentica Patris Glandorf. Mis. Tomóchi. 1735.**"

Noticias relativas á la historia primitiva del mineral de Jesús María en general y del descubrimiento de la mina de Santa Juliana, etc., etc.

AÑO 1818.

Jesús María, 18 de Octubre de 1906.

El mineral de Jesús María antiguamente Cabecera del Cantón Rayón, más tarde de la Municipalidad de Jesús María y actualmen-

te Cabecera del Distrito de Rayón, se halla ubicado en una de las vertientes occidentales de la gran cordillera de la Sierra Madre, conocida por la Alta Tarahumara, á trescientos veinte kilómetros al

Poniente de la Capital de Chihuahua y ciento veinte kilómetros, también al Poniente, de la ciudad de Guerrero.

Los antecedentes fidedignos acerca de la fundación del mineral, son los siguientes:

Corría el año de 1818, cuando los indios de Onavas, pueblo que está situado en los márgenes del río Yaqui, y los indios del río Mayo se sublevaron y trataron de sacrificar á los españoles que vivían entre ellos. Vivía entonces en el Valle de Sacupeto un español llamado José de Herrero, el cual era comerciante y minero y hacía muchos beneficios en el pueblo. Un indígena, de nombre José María Coronado, que gozaba de gran prestigio en los pueblos del río Mayo, estando cierto del peligro que corría el expresado Herrero si permanecía por más tiempo en aquel lugar, le dió aviso y á la vez le indicó el punto en que podría poner á salvo su persona é intereses, y él mismo con sus mozos, le condujo prudencialmente hasta el pueblo de Moris, del Estado de Chihuahua, entonces Nueva Vizcaya, donde Herrero se estableció y vivió tranquilamente. Mas como era de espíritu minero, trató de informarse de las minas y vetas que pudiera haber cerca del pueblo, el cual era pequeño y sus vecinos, en corto número, se dedicaban únicamente á la agricultura. Herrero, pues, trató con la pequeña cuadrilla de operarios que traía consigo, de emprender sus exploraciones, pero antes de hacerlo, un día del mes de Abril de 1819, se le presentó el cargador ó mayordomo de su atajo, diciéndole que le traía una piedra muy curiosa y muy pesada que había encontrado en uno de los arroyos de la gran Sierra que se halla al Oriente y Norte del pueblo. Herrero la recibió y su entusiasmo rayó en delirio cuando observó que la tal piedra era una masa de dos á tres libras de oro purísimo, con pequeños granos de cuarzo cristalino. Preguntó al mayordomo por el lugar donde había encontrado

tan preciosa muestra y él le contestó sencillamente, diciendo que habiendo llevado el atajo á pastear en las faldas del río del pueblo, en donde hay un inmenso cajón y comienza la hermosa Sierra, al ir por la mulada, notó que le faltaban cinco mulas, y dando orden á los muleros para que llevaran las mulas al pueblo, mientras él buscaba las que faltaban, salió en busca de ellas y siguiendo la huella, las encontró en una praderita, donde había mucho pasto y un arroyo que serpeaba entre canteras muy amarillas y rojas. Contento por haber hallado las mulas é indignado por la fatiga que le habían causado, tomó del arroyo una piedra y al levantarla notó su gran peso para el tamaño que tenía, observó su color amarillo metálico y dijo para sí: No tiro esta piedra á las mulas, para que el amo vea esta rareza, y arreando las mulas, marchó con ellas al pueblo, para reunir las con las otras y presentar á su amo aquella curiosidad.

El señor de Herrero, encantado con la piedra, dió cincuenta pesos al cargador y le rogó que al día siguiente con toda la cuadrilla se dirigiera al punto del hallazgo, para descubrir á lo menos la veta ó vetas más ricas que pudiera hallar. En efecto, al día siguiente fueron al punto y el mismo Herrero notó una pequeña bufa, la cual, examinada que fué, presentó desde luego los caracteres de una hermosísima agrupación de vetas de oro virgen á la vista, dando margen al descubrimiento de la primera mina de oro en esta región, denominándola **Mina del Refugio del Rosario**.

Tal fué el origen genuino de este mineral. Herrero, agradecido siempre á su salvador, José María Coronado, le dió noticia de su descubrimiento y le rogó que se viniera del Valle Sacupeto, lo que verificó Coronado en ese mismo año; y dice Coronado que cuando llegó, se asombró de la riqueza de la mina y del movimiento que encontró, pues vió ya construidas

más de catorce tahonas y una población ocupada en trabajar y sacar hermosos resultados de oro de los metales de la mina. El Sr. de Herrero tenía ya sacada una gran fortuna, y el Sr. Coronado, del campo que le dió en la mina por un día, sacó más de tres mil pesos en oro, de los metales sacados en ese día; y el mineralito presentaba el cuadro más vivo y alegre, pues todos disfrutaban de la buena suerte. Este estado bonancible duró hasta el mes de Octubre del mismo año, en que otro nuevo descubrimiento hizo llamar la atención de los mineros y gambusinos que vivían en el expresado Rosario y cuyo descubrimiento fué el de la creación del Mineral de Jesús María.

Como en las tahonas se ocupaban algunas mulas, lo mismo que en el acarreo de metales, y solían los dueños ocupar á un indio para que llevase las mulas á pastear á la barranca oriental llamada de las Cuevas ó del Ermitaño, por hallarse una cueva solitaria en que vivió algunos años un cenobita, proveniente de la Misión de Cajurichi, el indígena, al llevar las mulas, tenía que bajar un cordón que hasta el día se llama de la Descubridora ó Balvanera; en este cordón observó que desde una pequeña bufa se desprendía un hilo morado tepetatoso y acafetado, de una sexta de vara, y por la superficie del cordón, de Poniente á Oriente, unas quince varas, observando ese dicho hilo partículas gruesas de oro y en abundancia. Arrancó algunas piedras y en una batea, después de haberlas molido, refregó el polvo con azogue y sacó una buena bolita de oro; viendo que la operación era fácil, todos los días se ofrecía á llevar las mulas á pastear y todas las tardes regresaba al mineral con su bola de oro, un poco más bajo que el oro del Rosario; y este indio y otra persona á quien comunicó su secreto, mezclaban la copella del oro del Refugio con la copella del oro

del hilo de la "Descubridora," vendiendo el oro á catorce pesos la onza, como si fuera todo de la mina del Refugio. Los dueños de la mina no dejaron de notarlo antes de que tuvieran noticia del nuevo descubrimiento, el cual causó novedad en el Real, yéndose unos cuantos gambusinos de Bayoreca á establecerse cerca de la Descubridora, plantando sus atahonas cerca del puerto, dándole el nombre estos gambusinos, de Bayoreca que conserva hasta el presente. El minero Don Tomás Bon, habiendo logrado datos minuciosos del descubrimiento, tomó la mayor parte de él y se trasladó al punto del hilo descubierto, dándole á la mina el nombre de "Descubridora" ó Balvanera, porque, en efecto, es la mina primera que descubrió el rico Mineral de Jesús María, D. Tomás Bon, al ir á establecerse en el centro de la barranca, llevó consigo á su esposa, y fué tal el espanto y asombro que causó en ella la vista de la barranca, que prorrumpió en esta exclamación: ¡Jesús María! qué barranca tan profunda! á lo que contestó su esposo: Así se debe llamar: "Mineral de la barranca de Jesús María."

Con motivo del descubrimiento de la veta llamada "Descubridora" ó "Balvanera," por el indígena y D. Tomás Bon, se dirigieron á la barranca del Oroche ó Jesús María muchos gambusinos que descubrieron en su tiempo las vetas de Jesús María, denominadas "El Rayo," "Santa Ana," "Santa Eduwiges," "El Potrero" y "Santa Juliana." Esta última fué desde su principio la más importante, porque sus metales producían más oroche, si bien de ley de oro inferior á la de las otras vetas.

Aseguran personas que tienen motivos para estar bien enteradas, que la mina de Santa Juliana ha producido hasta la fecha presente, ochenta millones de pesos.



